



La Pasión, Muerte,
Resurrección y Ascensión
de Nuestro Señor Jesucristo
Extracto de la Santa Biblia Palmariana

La Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo está vinculado con la vida del cristiano, por eso hemos extraído un párrafo de los Documentos Pontificios de San Gregorio XVII, Magnísimo sobre los sufrimientos de esta vida:

“No olvidemos que Cristo dijo: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz, y sígame». Es clarísimo y notorio que, no se puede alcanzar la santidad, sin llevar amorosamente la cruz que Dios pone sobre el hombro de cada uno. No tengamos miedo a la cruz, pues su yugo es suave y su carga ligera. Cada uno de nosotros portamos una cruz, a imitación del Divino Maestro. De esta forma, nos asociamos a la Obra Salvífica de la Redención, poniendo nuestra ínfima aportación a la Sacrosanta Pasión de Cristo. De esta forma, todos nosotros, al portar la cruz amorosamente, nos convertimos místicamente en otros Cristos. Amadísimos hijos, no desesperéis; sufrid con amor la cruz que Cristo pone sobre cada uno de vosotros. Carísimos hijos, no tengáis miedo, no tengáis desolación; pues, no lleváis la cruz solos; a imitación del Divino Maestro, vosotros tenéis, también, un Cirineo. Este Cirineo que lleváis vosotros, es muchísimo más fuerte y poderoso que Simón de Cirene; pues, nuestro gran y sublime Cirineo, es la Santísima Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra. Ella, la Madre, sujeta amorosamente con sus manos maternas, nuestra pesada cruz. Nos, os garantizamos, empeñando Nuestra palabra, lo siguiente: Si, dócil y humildemente, portamos la cruz llevando a María como Cirineo, la salvación eterna es segura y cierta. Amadísimos hijos, ciertamente es pesada la cruz que lleváis; mas, no desmayéis; seguid adelante, hasta el Gólgota; pues, la cruz, está fabricada a medida de cada uno de nosotros. Nuestro Señor Jesucristo, infinitamente bondadoso y misericordioso, jamás pone una cruz más pesada que nuestras fuerzas. Estad seguros: Cuando Cristo pone una cruz pesada y agobiante, es porque podemos resistir el peso, pues Él busca nuestra salvación. Amadísimos hijos, el peso de nuestra cruz, por sí misma, no tiene méritos ni valores; pero, adquiere méritos y valores infinitos al unirse a la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Ofrezcamos al Eterno Padre nuestros sufrimientos, unidos a la Sacrosanta Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, como Redentor; a los Dolores y Lágrimas de la Virgen María, como Corredentora, Reina de los Mártires; a la sangre de los Mártires y al amor de todos los Santos”.

Extracto de la Santa Biblia Palmariana

Libro VII

Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo

Capítulo I

La Oración y Agonía de Jesús en el Huerto de los Olivos

1. El jueves 24 de marzo del año 34, poco antes de las 12h. de la noche, Jesús, con los once Apóstoles, llegó al Huerto de los Olivos.

2. Una vez que penetró en el Huerto, Él fue a una gruta en donde dijo a ocho de sus Apóstoles: *«Estaos aquí rezando, mientras que Yo voy más allá, y hago oración»*. Y tomando consigo a Pedro, a Santiago el Mayor y a Juan, cuando se dirigía con ellos a otro lugar del Huerto, comenzó a entristecerse, a angustiarse, a atemorizarse y a resistirse a la vista de su dolorosísima Pasión y Muerte; de manera que, en el estado pasible de su Sacratísima Humanidad, Él sintió real y verdaderamente tristeza y angustia profundísimas, temor indecible y el no poder ya más. Para lo cual fue necesario que se autosuspendiese parte de la ciencia infusa en el estado pasible de su Alma, como haría también en otros momentos de la Pasión. Y cuando Él llegó a otro lugar del Huerto, dijo a los tres Apóstoles que le acompañaban: *«Triste está mi Alma hasta la muerte. Esperad aquí, velad conmigo y haced oración, para que no caigáis en tentación»*. Y habiendo andado unos pasos, se apartó un poco de los tres Apóstoles.

3. A las 12h. en punto de la noche, en que entraba el Viernes Santo 25 de marzo de aquel año 34, comenzó la primera hora de oración y agonía de Jesús en Getsemaní. Durante esta primera hora, Él quiso contemplar, como jamás hasta entonces: Todos los abominables pecados e ingratitudes del Universo, causa de la condenación eterna de innumerables almas; el justo enojo del Padre contra Él como Víctima Propiciatoria; y la manera cruenta y dolorosa con que tenía que satisfacer al Eterno Padre. Jesús, postrado sobre su Rostro en tierra, hizo oración, diciendo: *«Padre mío, todas las cosas te son posibles. Si es posible, que pase de Mí este Cáliz. Mas no se haga como Yo quiero, sino como Tú quieras»*. Y cuando era la 1h. de la madrugada, fue adonde estaban Pedro, Santiago el Mayor y Juan, y les halló dormidos. Y Jesús dijo a Pedro: *«¿Pedro, duermes? ¿No has podido velar ni una sola hora conmigo?»* Y el mismo reproche hizo a los otros, incluido otra vez el Príncipe de los Apóstoles: *«Pedro, ¿de modo que no habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para que no caigáis en tentación. El espíritu, en verdad, está pronto, mas la carne es flaca»*.

4. Seguidamente, dejando a los tres Apóstoles, Jesús se fue de nuevo al mismo lugar de antes, y oró por segunda vez. Durante esta segunda hora de oración y agonía, al considerar los pecados del mundo, sintió sobre Sí, y

como jamás hasta entonces, el agobiante peso de las traiciones de muchos de los suyos, especialmente de los sacerdotes y religiosos de todos los tiempos. Lo cual implicaría, para los que se salvaran, un carísimo precio de rescate en su dolorosísima Pasión y Muerte. Jesús, postrado de nuevo sobre su Rostro en tierra, dijo: *«Padre mío, si no puede pasar este Cáliz sin que Yo lo beba, hágase tu voluntad»*. Y, siendo ya las 2h. de la madrugada, cuando se levantó de orar, fue otra vez adonde estaban los tres Apóstoles, y les halló durmiendo de tristeza, porque estaban cargados los ojos de ellos. Y Jesús les dijo: *«¿Por qué dormís?»* Y no sabían qué responderle. Mas, Él les exhortó diciendo: *«Levantaos, y orad para no caer en tentación»*.

5. Después, habiéndoles dejado, Jesús se fue de nuevo al mismo lugar de antes, y oró por tercera vez. Durante esta tercera hora de oración y agonía, Jesús consideró con suma penetración dolorosa, cuán infecunda sería para muchos su dolorosísima Pasión y Muerte. Por lo que, entrando en agonía, oraba con mayor vehemencia. Y fue su sudor de gotas de Sangre que corrían hasta la tierra, y decía: *«Padre, si quieres, pasa de Mí este Cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya»*. Y se le apareció el Arcángel San Uriel, que, bajo apariencia humana, y acompañado de una legión de ángeles, portaba el Cáliz de Melquisedec, en el que recogió todas las sacratísimas gotas de Sangre derramadas por Jesús en su majestuosa agonía del Huerto, para luego presentárselas al Divino Maestro, a fin de confortarle en sus sufrimientos. Pues, San Uriel, mostrando a Jesús el Cáliz con las gotas de su Preciosísima Sangre salvífica, estaba representando anticipadamente la reparación al Padre; así como la salvación de innumerables almas en virtud del Calvario, al haberse ellas acogido a la Sangre allí derramada. Y fue tan consoladora para Jesús la contemplación de los frutos de su Pasión y Muerte, que el estado pasible de su Sacratísima Humanidad se vigorizó sobremanera, anhelando aún con más vehemencia se consumase cuanto antes su cruenta inmolación.

6. Siendo ya las 3h. de la madrugada, Jesús fue por tercera vez adonde estaban los tres Apóstoles; y, hallándoles dormidos, les dijo con santa ironía: *«Dormid ya, y reposad»*. Mas, Pedro, Santiago el Mayor y Juan, en su somnolencia, entendieron que Jesús les decía que siguieran durmiendo; por lo que se dispusieron más cómodamente para continuar el descanso, creyendo que Él volvería a hacer su oración, y que les permitiría descansar durante este tiempo. Mas, viendo Jesús la actitud ingenuamente egoísta de sus tres Apóstoles, les dijo enérgicamente: *«¡Basta, cesad ya el sueño! La hora es llegada. Ved que el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de pecadores. Levantaos, vamos. He aquí que el que me ha de entregar está cerca»*.

7. La Santísima Virgen María acompañó a su Divino Hijo en el dolorosísimo trance de la oración y agonía; pues, sin dejar Ella el Cenáculo, se hizo presente también en el Huerto de Getsemaní, compartiendo con Él, sin que ningún otro la viera, la contemplación de los pecados del mundo, la

del incontenible enojo del Padre y la de los cruentísimos padecimientos del Calvario. La oración y agonía de la Divina María duró cuatro horas: Las tres primeras, compartió con Jesús la propia agonía de Él; e imploró Ella al Padre, por tres veces, con las mismas palabras que lo hacía su Divino Hijo, con quien compartió también el sudor de Sangre. Durante la cuarta hora, la Divina María padeció su propia agonía al contemplar la Muerte Espiritual que Ella tendría en el Calvario, en el momento de la Lanzada; lo cual fue lo más doloroso de aquella agonía, sudando nuevamente Sangre, a la vez que, con agudísima aflicción, pedía al Padre que, a ser posible, la liberase de tan desoladora Muerte Espiritual. El Altísimo no permitió que ninguna de las gotas de la Purísima Sangre de la Divina María se derramase en el suelo, pues milagrosamente volvieron todas a sus dulcísimas venas, una vez acabado cada sudor de Sangre.

8. La exclamación que Jesús y María hicieron al Padre, de que, a ser posible, pasara de ellos el Cáliz, no implicó en modo alguno una renuncia a la Obra de la Reparación y Redención; mas, sí un deseo de que, a ser posible, pudieran consumarla por medio menos doloroso. Mas, ambas Divinas Víctimas aceptaron el plan divino de su cruentísima Pasión, dando su respectivo fiat.

Capítulo II

Cristo es prendido en el Huerto de los Olivos y llevado al palacio del Sumo Pontífice

1. A las 3,05h. de la madrugada de aquel viernes 25 de marzo, Jesús, acompañado de Pedro, Santiago el Mayor y Juan, llegó a la gruta en donde estaban los otros ocho Apóstoles, a los cuales halló también dormidos. Y tras recriminarles por su falta de oración y vigilancia, mandó a los once Apóstoles que orasen con Él. Después, les reveló que Judas Iscariote era el que le iba a entregar, y les exhortó a que se mantuviesen firmes en la fe; y también les manifestó que deseaba ardientemente que le acompañasen durante toda su Pasión, ya que no les faltaría la protección divina. Momentos antes de que llegaran a prenderle, Jesús mandó a los Apóstoles que, con heroica confianza, saliesen con Él al encuentro de la chusma deicida.

2. Y estando Jesús aún hablando a sus Apóstoles en la puerta de la gruta, alrededor de las 3,15h. de la madrugada llegó Judas Iscariote, encabezando la chusma que venía a prender al Maestro; ya que con Judas venía una gran tropa de gente, con espadas y palos, de parte del Sanedrín. Pues, Judas, que lo iba a entregar, conocía también aquel lugar, porque muchas veces había concurrido allí Jesús con sus Apóstoles y discípulos. Por eso, Judas Iscariote, habiendo tomado una cohorte de soldados romanos y los guardias de los Pontífices Caifás y Anás y del Sanedrín, vino allí con linternas y con hachas y con armas. Y el traidor les había dado una señal diciendo: *«Aquel a quien yo besare, ése es. Prendedle, y llevadle con cautela»*.

3. Judas Iscariote se llegó luego a Jesús, y dijo: *«Dios te guarde, Maestro»*. Y le besó en el Rostro. Y Jesús le dijo: *«¿Amigo, a qué has venido? ¿Judas,*

con un beso entregas al Hijo del Hombre?»; con cuyas palabras Él daba al traidor una prueba más de la infinita ternura de su amantísimo Corazón hacia él, y al mismo tiempo dejaba al descubierto públicamente su hipocresía e infamia. Mas Jesús, sabiendo todas las cosas que habían de venir sobre Sí, antes de permitir su prendimiento, se aproximó más a sus enemigos; y en presencia de ellos hizo una triple manifestación de su infinito poder, diciéndoles: *«¿A quién buscáis?»* Y ellos le respondieron: *«A Jesús Nazareno»*. Jesús les dijo: *«Yo soy»*. Luego que les dijo *«Yo soy»*, los que venían a prenderle retrocedieron, y cayeron todos de rodillas en tierra, rindiéndole irresistible adoración; quedando después desplomados de espaldas, inmóviles y enmudecidos alrededor de un minuto; y lo mismo sucedió por segunda y tercera vez, tras levantarse y que Él les volviera a preguntar. Después que Jesús dio la prueba de su poder derribando por tres veces a sus enemigos en tierra, Él, por cuarta vez, les volvió a preguntar: *«¿A quién buscáis?»* Y ellos dijeron: *«A Jesús Nazareno»*. Respondió Jesús: *«Os he dicho que Yo soy; pues, si me buscáis a Mí, dejad ir a estos que conmigo están»*. Lo cual era una severa advertencia para que se guardasen de hacer daño a los Apóstoles, y no una autorización a los Once para que se ausentasen. Mas, Jesús, sabiendo que todos los Apóstoles finalmente le abandonarían, les fortaleció para que la cobarde actitud de ellos no repercutiese en un mal irreparable. Y así se cumpliera lo que Él dijo en el Sermón de la Última Cena: *«He guardado a los que me diste, y no pereció ninguno de ellos»*.

4. Y cuando vieron los once Apóstoles lo que iba a suceder con Jesús, le dijeron: *«Señor, ¿los herimos con nuestros machetes?»* Al mismo tiempo, sus enemigos echaron mano a Jesús, y le prendieron. Mas, Pedro, sacó su machete e hirió a un siervo del Pontífice Anás, y le cortó la oreja derecha. Y el siervo se llamaba Malco. Esta intervención de Pedro, así como las amenazas de los demás Apóstoles, sorprendió a los alguaciles, que temerosos soltaron a Jesús. Entonces, Él, tomando la palabra, dijo a sus once Apóstoles, que estaban con sus machetes en la mano: *«¡Dejad! ¡Basta ya!»* Y tomando del suelo la oreja de Malco, milagrosamente se la volvió a poner en su lugar, quedando éste sanado. Y entonces le dijo Jesús a Pedro: *«Vuelve tu espada a su vaina. Porque todos los que tomaren espada, a espada morirán. ¿Por ventura piensas que no puedo rogar a mi Padre y me dará ahora mismo más de doce legiones de ángeles? ¿El Cáliz que me ha dado el Padre, no lo tengo que beber? ¿Pues cómo se cumplirán las Escrituras de que así conviene que se haga?»*

5. Y dijo Jesús a aquel tropel de gente, en especial a algunos Príncipes de los Sacerdotes y otros sanedritas que habían venido: *«Como a ladrón habéis salido con espadas y con palos a prenderme. Cada día estaba sentado en el Templo con vosotros enseñando, y no me prendisteis. Mas ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas. Y todo esto ha sido hecho como estaba*

vaticinado por los profetas en las Escrituras». Y acabadas estas palabras, que fue a las 3,30h. de la mañana, la cohorte y el tribuno, y los guardias de los judíos, prendieron a Jesús y le ataron. Entonces, le desampararon los once Apóstoles y huyeron, ocultándose cobardemente en el Monte de los Olivos. En el mismo lugar del prendimiento, Malco, encargado de la captura, entregó a Judas Iscariote las treinta monedas de plata.

6. La turba impía, encabezada por el traidor Judas Iscariote, llevó a Jesús atado con sogas y cadenas, en medio de atropellos, mofas y torturas, hacia el palacio de los Pontífices Caifás y Anás en Jerusalén. Al cruzar Cristo el puente del arroyo Cedrón, le echaron violentamente contra las piedras del pequeño cauce, apenas cubierto de agua, diciéndole burlescamente, como si de un animal se tratase, que saciara su sed. De esta manera se cumplió lo vaticinado por el Profeta David: *«Del torrente beberá en el camino»*. Luego la turba que llevaba preso a Jesús siguió de norte a sur el camino entre el torrente y la muralla de la ciudad, dejando a la derecha la Puerta Dorada; y una vez cruzada dicha muralla por la Puerta de la Fuente, entró en Jerusalén. Y sucedió que, al pasar el tropel de gente por el barrio de Ofel, despertó Sidonio, que era el ciego de nacimiento a quien Jesús había curado en la piscina de Siloé; y sin que le diese tiempo a vestirse, se echó una sábana sobre la túnica interior que usaba para dormir, y salió en defensa de Jesús. Y dicho mancebo iba en pos de Él, cubierto con la sábana, hasta que la soldadesca se dio cuenta, y le asieron. Mas él, soltando la sábana, se les escapó con la túnica interior que llevaba puesta. Aquellas gentes sencillas del barrio de Ofel que veneraban al Maestro, al enterarse que Jesús era llevado preso, salieron de sus casas para ver lo que sucedía, viéndose rechazados por los soldados que, instigados por Judas Iscariote, también les decían: *«Jesús, el malhechor, vuestro falso profeta, va conducido preso»*; cuya noticia conmovió de tal manera a aquellas gentes, que lloraban y clamaban al Cielo recordando los beneficios del Maestro.

7. Mientras llevaban a Jesús desde el Huerto de los Olivos al palacio de los Pontífices en Jerusalén, Pedro, Santiago el Mayor y Juan fueron al Cenáculo, adonde llegaron pasadas las 4h. de la madrugada y comunicaron a la Santísima Virgen María que Jesús había sido prendido. Santiago el Mayor y Juan, arrodillados ante la Divina Madre, la pidieron perdón por haber abandonado a Jesús en el Huerto. En el Cenáculo, además de la Divina María, se hallaban sus dos hermanas, Nicodemo, José de Arimatea y Gamaliel, María Magdalena y Marta, así como los esposos Obed y María, y el hijo de ambos Juan Marcos. Los otros Apóstoles fueron al convento de Betania y comunicaron a los discípulos y piadosas mujeres el trágico suceso, y pidieron perdón ante Ágabo por haber abandonado a Jesús en el Huerto de los Olivos.

8. Después, Pedro, con su irreflexiva vehemencia y presunción, convenció privadamente a Nicodemo para que le introdujese en el tribunal pontificio

con el fin de presenciar el proceso contra Jesús. Pedro y Nicodemo salieron del Cenáculo en dirección al palacio de los Pontífices, y vieron cómo Jesús era conducido hacia este edificio, y desde lejos siguieron a la turba. Y aquel discípulo Nicodemo, que al haber sido miembro del Sanedrín era conocido del Sumo Pontífice Caifás, entró tras Jesús en el atrio del palacio. Mas Pedro estaba fuera a la puerta. Y salió Nicodemo, y dijo a la portera que dejase entrar a Pedro; y éste entró. Y cuando había entrado en el atrio del palacio, se dirigió con Nicodemo a la casa de Anás, que era donde primero habían introducido a Jesús; ya que, dentro del recinto palaciego, se hallaban las casas del Sumo Pontífice Caifás y de su suegro Anás, una enfrente de la otra, separadas por atrio y jardín. Mas, cuando Pedro y Nicodemo llegaron a la puerta de la casa de Anás, algunos de los miembros del Sanedrín, al ver allí a Nicodemo, ordenaron a unos soldados que le obligaran a marcharse, al considerarle como sujeto peligroso; quedando solo Pedro dentro del recinto palaciego, contra el consejo de Nicodemo. La criada portera, al ver salir a éste expulsado, sospechó que Pedro era también discípulo del Señor.

Capítulo III

Proceso religioso de Cristo ante Anás

1. Aquel Viernes Santo 25 de marzo del año 34, a las 4,30h. de la madrugada, tuvo lugar el proceso de Jesús ante el Pontífice Anás, hallándose también presentes, además de los ministros y criados de los Pontífices, un buen número de Príncipes de los Sacerdotes y otros sanedritas que habían ido con Judas Iscariote al Huerto de los Olivos. Y llevaron primero a Jesús ante Anás, no porque fuera una diligencia oficial obligada del proceso, sino por expreso deseo de Caifás, que era Sumo Pontífice aquel año; del cual Anás era suegro. Pues, Caifás quería que la sentencia condenatoria que él luego dictaría contra Jesús contase, ante la opinión del pueblo, con el apoyo del poderoso Anás.

2. El Pontífice Anás preguntó a Jesús sobre sus discípulos y sobre su doctrina. Jesús le respondió: *«Yo manifiestamente he hablado al mundo. Yo siempre he enseñado en las sinagogas y en el Templo de Jerusalén, adonde concurren todos los judíos; y nada he hablado en oculto. ¿Qué me preguntas a Mí? Preguntas a los que han oído lo que Yo les hablé. He aquí que están presentes muchos de los que me han oído, y estos saben lo que Yo he enseñado»*. Cuando esto hubo dicho, uno de los ministros que estaban allí, el cual era Malco, dio una bofetada con el revés de la mano a Jesús diciendo: *«¿Así respondes al Pontífice?»* Jesús le dijo: *«Si he hablado mal, da testimonio del mal; mas, si bien, ¿por qué me hieres?»* Esta bofetada dada al lado derecho del Divinísimo Rostro de Jesús, con la mano envuelta en una manopla de hierro, había sido previamente concertada entre Anás y Malco, ya que aquel impío Pontífice había preparado su entrevista con Jesús con la pérfida intención de despreciarle personalmente con palabras y hechos abominables. El juicio ante Anás concluyó a las 4,50h. de la mañana, con la

bofetada de Malco, en medio de una explosión de sarcasmos, clamores y groseras imprecaciones, de todos los allí presentes, contra el Maestro.

Capítulo IV

Pedro niega a Cristo por primera vez

1. Durante el proceso religioso ante Anás, tuvo lugar la primera negación de Pedro. Estando éste abajo en el atrio común a las casas de Anás y Caifás, en el centro del mismo la servidumbre tenía encendida una hoguera para resguardarse del frío de la noche. Los criados y los ministros estaban de pie junto al fuego para calentarse, porque hacía frío. Allí fue también Pedro, y se estaba en pie calentándose con ellos. Después, los sirvientes y ministros, se sentaron alrededor del fuego, y Pedro también estaba sentado en medio de ellos calentándose, a la espera de cómo acabaría el proceso contra Jesús.

2. Alrededor de las 4,45h. de la madrugada, cuando estaba Pedro sentado a la lumbre, le dijo la criada portera: «¿Acaso no eres tú de los discípulos de ese Hombre llamado Jesús?» Y dijo Pedro: «No lo soy». Y la criada, no conforme con esta respuesta, le miró con atención, y dijo a los demás: «Éste con Él estaba». Y Pedro lo negó diciendo: «Mujer, no le conozco». Y seguidamente, la misma criada portera, aún con mayor empeño, dijo a Pedro, clavando en él los ojos: «Y tú con Jesús Nazareno, el Galileo, también estabas». Mas él lo negó delante de todos, diciendo: «Ni le conozco, ni sé lo que dices». Y salió fuera del atrio al vestíbulo de la puerta de entrada, y oyó cantar el gallo. A las 4,50h. de la madrugada, Pedro había consumado su primera negación, triplemente aquí manifestada, pecando gravísimamente; mas, sin que implicase apostasía de la Fe.

Capítulo V

Cristo es conducido ante Caifás. Segunda negación de Pedro

1. Anás envió atado a Jesús al palacio del Sumo Pontífice Caifás en donde se habían juntado los setenta miembros del Sanedrín.

2. Luego que Jesús entró en el palacio de Caifás, fue la segunda negación de Pedro. Pues, hallándose éste en el vestíbulo a causa del frío, alrededor de las 5,15h. de la madrugada le vio otra criada, que era la segunda portera del palacio, y dijo a los que estaban allí: «Éste estaba también con Jesús Nazareno». Y Pedro negó otra vez con juramento diciendo: «No conozco a tal hombre». Inmediatamente después, el Apóstol, lleno de temor, salió presto del vestíbulo al atrio, y seguido de la misma criada se dirigió a la hoguera en que estuvo antes. Y cuando estaba en pie Pedro calentándose, de nuevo la primera criada, que había quedado junto al fuego, comenzó a decir a los presentes: «Éste es de los discípulos de Jesús». Mas él lo negó otra vez. Uno de los criados del palacio que allí se calentaban, al oír la respuesta negativa de Pedro, intervino en el asunto, y le dijo: «Y tú de ellos eres». Y dijo Pedro: «Hombre, no soy»; a lo que le dijeron varios de los que allí estaban: «¿No eres tú también de sus discípulos?» Y Pedro negó diciendo:

«No soy». Eran las 5,25h. de la madrugada, cuando Pedro consumaba su segunda negación, cuatro veces aquí manifestada, pecando gravísimamente; mas, sin que implicase apostasía de la Fe.

Capítulo VI

Primera fase del proceso religioso de Cristo ante Caifás

1. A las 5,10h. de la madrugada de aquel viernes 25 de marzo del año 34, dio comienzo, en el palacio de Caifás, el proceso de Jesús ante dicho Sumo Pontífice en su primera fase, la cual fue de carácter privado. Además de estar allí reunido el Sanedrín en pleno, se hallaban también los ministros o guardas del Templo, algunos servidores de la casa, así como los falsos testigos; sin que se permitiera el acceso a gente curiosa, ya que dicha fase del proceso tenía como finalidad la acumulación de cargos contra el reo y demás diligencias para el proceso público oficial. El Sumo Pontífice Caifás, acomodado con arrogancia en su solio de justicia, recibió a Jesús con desprecio. Malco, que era también secretario principal del Sumo Pontífice Caifás, leía las acusaciones presentadas contra Cristo por el Sanedrín.

2. Aquellos inicuos miembros del Sanedrín, instigados por el Pontífice Anás, buscaban algún falso testimonio contra Jesús para entregarle a la muerte, y no lo hallaron; pues, aunque se habían presentado muchos falsos testigos que decían testimonios contrarios a la verdad, no coincidían sus testimonios. Mas, por último, llegaron dos falsos testigos que, levantados en medio de la sala, atestiguaban falsamente contra Jesús, diciendo: «*Nosotros le hemos oído decir: 'Yo destruiré este Templo de Dios hecho de mano, y en tres días edificaré otro no hecho de mano'*». Y no coincidía el testimonio de ellos, ni en cuanto al espíritu ni en cuanto a la letra, con la realidad de las palabras dichas por Jesús tiempo atrás, que fueron: «*Destruid este Templo, y en tres días lo levantaré*»; pues, el Sanedrín sabía que se había referido al Templo de su Cuerpo y no al Templo de Jerusalén.

3. Y levantándose en medio el Sumo Pontífice Caifás, preguntó a Jesús diciendo: «*¿Nada respondes a lo que estos atestiguan contra Ti?*» Mas Él callaba y nada respondía. Por segunda vez le volvió a preguntar: «*¿Eres Tú el Cristo, el Hijo de Dios bendito?*» Y Jesús callaba. Y el elocuente mutismo del Maestro, encolerizó sumamente a Caifás, el cual, con desesperada ira y actitud amenazante, instó por tercera vez a Jesús para que hablase, diciéndole: «*Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas si Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios*». Y Jesús le dijo: «*Tú lo has dicho. Yo soy. Y aun os digo que veréis pronto al Hijo del Hombre sentado a la derecha de la virtud y del poder de Dios, y venir en las nubes del Cielo*». Y cuando estas palabras decía, su Divino Rostro se iluminó a la vista de todos, causando en ellos el efecto de la más atormentadora confusión; lo cual trataron de encubrir atribuyendo este prodigio a superchería y otras artes ocultas. Entonces el Sumo Sacerdote Caifás se rasgó las vestiduras, diciendo: «*Ha blasfemado, ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? He aquí que ahora acabáis de oír la blasfemia: ¿Qué*

os parece?» Entonces, todos los asistentes gritaron con voz de trueno: «*¡Es reo de muerte!*» Por lo que, todos ellos condenaron a Jesús a ser reo de muerte. Eran las 5,45h. de la madrugada cuando concluía esta primera fase del execrable juicio contra Jesús, que fue seguido de indecibles torturas; pues, todos los presentes, comenzando por Caifás, seguido de los Príncipes de los Sacerdotes, escupieron con indecible saña el serenísimo Rostro de Jesús, a la vez que le humillaron con otros ultrajes en medio de un ensordecedor griterío con vituperios.

Capítulo VII

Pedro niega a Cristo por tercera vez

La noticia de la presencia de Pedro en el recinto palaciego, fue cada vez más notoria entre los ministros y criados. Por eso, cuantos se acercaban al fuego que estaba encendido en medio del atrio, solían fijarse en aquel conocido como discípulo de Jesús, dando esto lugar a una nueva serie de interrogaciones a Pedro, cuyo promotor fue otro de los ministros que allí se calentaban; el cual afirmó diciendo: «*Éste con Jesús estaba, porque es también galileo*». Y dijo Pedro: «*Hombre, no sé lo que dices*». Algunos de los que se hallaban también allí, al oír la respuesta y observar la actitud temblorosa del Apóstol, se acercaron más a él para preguntarle. Por lo que dijeron a Pedro: «*Tú eres de los discípulos, pues hasta tu acento al hablar te delata*»; negándolo también el Apóstol. Y seguidamente, otros de los que allí estaban, decían también a Pedro: «*Sin duda alguna tú perteneces a los discípulos, porque eres también galileo*»; y siguió negando el Apóstol. Después, le dijo uno de los criados de los Pontífices, hermano de aquel a quien Pedro había cortado la oreja, cuyo parentesco éste conocía: «*Yo te vi en el Huerto con Jesús el galileo*». La intervención de este último personaje, causó verdadero terror en el acobardado Pedro; pues, ya no se trataba de una simple pregunta indagatoria, sino de una patente afirmación sobre su condición de discípulo del Maestro, por haberle visto con Él en el Huerto cuando fueron a prenderle. Mas, Pedro negó otra vez, y además comenzó a maldecirse a sí mismo y a jurar que no conocía a tal Hombre. Y enseguida, oyó cantar al gallo por segunda vez. Era alrededor de las 6h. de la madrugada, y ya había amanecido, cuando Pedro consumaba su tercera negación cuatro veces manifestada, pecando gravísimamente; mas, sin que implicase apostasía de la Fe.

Capítulo VIII

Cristo es conducido a los calabozos del palacio de Caifás. Arrepentimiento de Pedro. Cristo es sacrílegamente torturado en el calabozo

1. Mientras Pedro consumaba su tercera negación, Jesús era conducido por los alguaciles desde el tribunal de Caifás a la cárcel palaciega, situada en los subterráneos del mismo palacio. Y a pesar de la distancia, Pedro, desde el centro del atrio, alcanzó a ver a Jesús atado y maltrecho en medio de los

verdugos que le conducían seguidos de muchos de los Príncipes de los Sacerdotes; por lo que el Apóstol, movido de un ímpetu sobrenatural, corrió hacia el Maestro; y, ya próximo a Él, volviéndose el Señor, miró a Pedro. Y Pedro se acordó de las palabras de Jesús, que le había dicho: *«Antes que hayas oído cantar el gallo dos veces, me negarás tres veces»*. Y arrepentido, comenzó a llorar. Pues, la mirada de Cristo había penetrado tan profundamente en su alma caída por el pecado, que le arrancó lágrimas de arrepentimiento y contrición; recibiendo Pedro, en el mismo instante, el perdón de su amadísimo Maestro. Y luego, el Apóstol, habiendo salido fuera del recinto del palacio de los Pontífices, se retiró a una cueva próxima, en donde permaneció durante tres horas llorando amargamente sus tres negaciones. Este lugar, llamado ahora del Gallicantus, fue también donde el gallo cantó las dos veces que Pedro oyó.

2. Cuando Jesús se hallaba dentro del calabozo, los Príncipes de los Sacerdotes, los ministros y los criados, le escarnecían hiriéndole. Y le escupían en la cara. Y luego le vendaron los ojos. Y después, cubriéndole toda la cabeza, le maltrataron a puñetazos. Y otros le dieron bofetadas en el rostro, le herían en la cara, le ultrajaban de otras múltiples maneras, y le preguntaban y decían: *«Adivina Cristo, ¿quién es el que te hirió?»* Además, arrancaron brutalmente mechones de su barba, cumpliéndose así el vaticinio de Isaías revelado por Cristo a él anticipadamente: *«Mi Cuerpo di a los que me herían, y mis mejillas a los que mesaban mi barba; mi Rostro no retiré de los que me injuriaban y me escupían»*. Y los Príncipes de los Sacerdotes, los ministros y los criados decían otras muchas blasfemias contra Él. El hermosísimo Rostro de Cristo quedó, pues, terriblemente desfigurado. Esta sacrílega desfiguración había sido ordenada por el Sanedrín, instigado por el Pontífice Anás, como medida preventiva, para que el Divinísimo Rostro no pudiese fascinar a las gentes con su hermosura; ya que Nuestro Señor Jesucristo debería comparecer poco después, ante el tribunal de Caifás, en el juicio público oficial, al cual se permitiría el acceso a la gente del pueblo. La prisión del Divino Maestro duró una hora; pues a las 6h. de la mañana había sido conducido al calabozo y sacado de él a las 7h.

Capítulo IX

Segunda fase del proceso religioso de Cristo ante Caifás

1. En el atrio, delante de la puerta principal de la casa de Caifás, tuvo lugar la segunda fase del proceso eclesiástico contra Jesús; que, al ser sesión pública y oficial, era permitida la entrada al pueblo. Y como el Sanedrín viese conveniente la asistencia de multitudes, una vez que había amanecido, hizo correr la voz por Jerusalén de los graves delitos que se le imputaban a Jesús, y del proceso que tendría lugar a las 7h. de la mañana de aquel Viernes Santo. Para ello, a esta misma hora, Jesús, en medio de alguaciles presididos por Malco, fue sacado de la cárcel y conducido al inicuo tribunal de Caifás, el cual se hallaba ya sentado en su trono, rodeado del Sanedrín. La llegada

de Cristo, tremendamente desfigurado y enflaquecido, causó espanto, no sólo a este inicuo Consejo, sino también a muchos de los presentes. Mas, no por eso se conmovieron a compasión; pues, si bien reinó momentáneamente un gran silencio, pronto se levantó un griterío unánime con blasfemias y otras injurias contra la Inocente Víctima. Una vez, pues, que Jesús había sido llevado ante el tribunal, el Sumo Sacerdote Caifás le preguntó de nuevo si Él era el Cristo. Y ante el divino silencio del interrogado, algunos miembros destacados del Sanedrín le hicieron la misma pregunta, diciéndole: «*Si Tú eres el Cristo, dínoslo*». Lo cual fue para que Él declarase de nuevo que era el Hijo de Dios, y así, al oír el pueblo su respuesta afirmativa, la sentencia contra el Reo sería más que justificada a la vista de la gente.

2. Jesús, tras guardar primero profundo silencio, después les habló: «*Si os lo dijere, no me querréis creer. Y también, si os preguntare, no me responderéis ni me dejaréis en libertad*». Y aunque aquel inicuo tribunal sabía bien que el Divino Reo era el Hijo de Dios, Jesús, para que quedara constancia ante las multitudes de su dignidad de Unigénito del Altísimo mediante su testimonio público verbal, pronunció con voz solemne y majestuosa las siguientes palabras: «*Mas, desde ahora, el Hijo del Hombre estará sentado a la diestra de la virtud de Dios*»; manifestándoles así que aquel que veían como un Hombre infamado y maltrecho, era verdaderamente Dios; y que su Humanidad, ahora ultrajada, sería eternamente glorificada. Entonces, el Sumo Pontífice Caifás, y lo mismo los miembros del Sanedrín, dijeron unos tras otros con saña inaudita: «*¿Luego Tú eres el Hijo de Dios?*» Él dijo: «*Vosotros decís que Yo lo soy*». Aquel inicuo tribunal halló en esta contestación de Jesús el oportuno pretexto para condenarle como blasfemo; viendo así zanjado satisfactoriamente el simulacro del juicio público religioso, pues ellos dijeron: «*¿Qué necesitamos de más testimonio?, pues nosotros mismos lo hemos oído de su boca*».

3. Tras estas palabras, el Sumo Sacerdote Caifás, con solemnidad y acentuado énfasis irónico, pronunció la sentencia oficial y pública de muerte contra Jesús como reo de blasfemia; cuya determinación fue ratificada unánimemente por todos los miembros del Sanedrín, y secundada a la vez, con gran griterío, por una gran mayoría del público multitudinario allí presente.

Capítulo X

Cristo es conducido ante el Procurador Poncio Pilato

1. Terminado el juicio público ante Caifás, faltaba la comparecencia oficial de Jesús ante Poncio Pilato; pues, aunque el tribunal eclesiástico tenía potestad judicial en los casos relacionados con la ley judía, e incluso podía sentenciar a muerte, sin embargo, para llevar a cabo dicha pena, necesitaba la aprobación del Procurador romano.

2. El Sanedrín, pues, hizo atar a Jesús con las manos hacia delante; y a las 7,45h. de la mañana, hora en que terminó el proceso religioso, levantándose

toda aquella multitud, le llevaron brutalmente desde la casa de Caifás hasta el Pretorio para entregarle al presidente Poncio Pilato; el cual había sido avisado, con antelación, de que le iban a mandar a Jesús.

Capítulo XI

Judas Iscariote anda errante por la ciudad de Jerusalén

1. Judas Iscariote, que había estado presente en los tribunales de Anás y Caifás, se destacó en el proceso religioso por su actitud agresiva contra Jesús, tanto de obra como de palabra. Mas, el infernal júbilo que había manifestado el maldito apóstata por las afrentas al Señor en el palacio de los Pontífices, se mudó luego en la más atormentadora tortura de sí mismo tras la definitiva condena de Jesús por Caifás. Pues, Satanás, deseando llevarse consigo el alma de Judas, desató tan infernales remordimientos en la conciencia del traidor, que éste fue preso de la más tenebrosa e irresistible desesperación como jamás hasta entonces hombre sintiese; de manera que estuvo a punto de dar fin a su vida en el mismo palacio de los Pontífices.

2. Mas, una vez que el traidor había salido fuera de dicho recinto palaciego, dado su deplorable estado síquico y espiritual, desistió de asociarse a la turba que llevaba a Jesús ante Pilato. Y anduvo errante por Jerusalén, víctima de sus remordimientos, que aumentaban cada vez más el grado de su irremediable desesperación.

Capítulo XII

María Santísima congrega a todos los Apóstoles, discípulos y piadosas mujeres en el Cenáculo

1. La Divina María, en el Cenáculo, participaba de todos los padecimientos que Jesús iba recibiendo. Ella, sin abandonar aquel santo lugar, estuvo también en los inicuos tribunales y en el inmundo calabozo, junto a su Divino Hijo, aunque invisible a los demás, sintiendo el dolor de los golpes y de las heridas en las mismas partes del cuerpo, y al mismo tiempo, que el Divino Salvador.

2. Y como la Divina María deseara vehementísimamente tener a todos sus hijos religiosos junto a Ella, a las 7h. de la mañana de aquel Viernes Santo, había mandado a Santiago el Mayor que fuese a Betania en compañía de Marcos, para decir a los ocho Apóstoles, a los discípulos y piadosas mujeres, que allí estaban, que era deseo de Ella que viniesen todos al Cenáculo; pues, Juan seguía en él. También, la Divina Madre anhelaba tener cuanto antes a su lado al Apóstol Pedro. Mas, como convenía primero que él expiase, llorando en la soledad, las tres negaciones, cuando eran las 9h. de la mañana, Ella, sin abandonar el Cenáculo, se hizo visible a Pedro en la cueva del Gallicantus, para reanimarle y confirmarle que su Divinísimo Hijo ya le había perdonado, y que urgía fuera al Cenáculo para reunirse con los otros.

Capítulo XIII

Primera fase del proceso de Cristo ante el Procurador Poncio Pilato

1. La audiencia pública de Jesús ante el tribunal civil romano, dio comienzo a las 8,15h. de la mañana de aquel viernes 25 de marzo del año 34. El tribunal se hallaba instalado en la fachada principal del pretorio, pues sabía Pilato que los judíos no entrarían en el edificio para no contaminarse y así poder comer la Pascua. El pretorio o fortaleza Antonia, era también llamado Litóstrotos, pues estaba pavimentado con losas de piedra; y también era llamado Gábbata, porque se hallaba en un lugar alto.

2. Una vez que las turbas llegaron con Jesús a la fachada principal del pretorio o fortaleza Antonia, y antes de que Él fuera introducido dentro de la cancela en que habían instalado el tribunal, salió Poncio Pilato fuera de dichas rejas para oír, oficialmente de los sanedritas, la causa de la condena del Maestro, preguntándoles: «*¿Qué acusación traéis contra este Hombre?*» Y el Sanedrín le comunicó verbalmente los cargos que se habían imputado a Jesús en el proceso religioso ante Caifás, a fin de que el Procurador ratificase la condena a muerte, contra el Reo, allí dictada. Mas, como entendiese Pilato que aquellos cargos eran sólo fruto de la envidia y del odio del Sanedrín contra Cristo, les dejó entrever su desconfianza en ese Consejo, y al mismo tiempo les decía que, dado el carácter religioso de los cargos, estos no eran de su competencia, ni tenían fuerza suficiente para un veredicto de muerte.

3. Ante la actitud de Pilato, los miembros del Sanedrín, seguidos por no pocos del pueblo, respondieron al Procurador: «*Si Éste no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado*». Y Pilato, que deseaba astutamente liberarse de aquel embrollado asunto religioso, dijo a los judíos: «*Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley*». Con cuyas palabras, también les daba a entender que le juzgasen con justicia, y no con la arbitrariedad con que lo habían hecho. Y además les echaba en cara irónicamente la incompetencia de ellos para matar a nadie sin su venia. Por eso, los sanedritas, conteniendo su rabia, dijeron a Pilato: «*No nos es lícito a nosotros crucificar a ninguno y matarlo*»; y así se cumplían las palabras que Jesús había dicho días antes, a sus Apóstoles, al señalarles de qué muerte había de morir.

4. Como viera el Sanedrín que los cargos religiosos carecían de fuerza suficiente para que Poncio Pilato ratificase la sentencia de muerte, presentaron ahora cargos de carácter político. Por lo que acusaron a Cristo, diciendo de Él: «*A Éste hemos hallado pervirtiendo a nuestra nación, y prohibiendo dar tributo al César, y diciendo que Él es el Cristo Rey*». Y con estas palabras acusaban a Jesús de que Él se proclamaba rey temporal para suplantar la autoridad del César. Mas, Pilato sabía que Jesús era por derecho el Rey de Israel, y sin embargo nunca había visto que Él se soliviantase contra la autoridad romana; llegando, pues, a intuir que todo era un ardid del Sanedrín para así acabar con el Divino Predicador que tanto censuraba los vicios de aquellos jerarcas religiosos.

5. Volvió, pues, a entrar Pilato en el soportal del pretorio; en donde se sentó para disponerse a juzgar al Reo. Y llamó a Jesús. Y Él, entrando en el soportal del juicio, fue presentado ante el presidente Pilato, que le preguntó: «¿Eres Tú el Rey de los judíos?» Y Jesús, respondiendo, dijo: «Tú lo dices». Pilato, por segunda vez, le dijo: «¿Eres Tú el Rey de los judíos?» Respondió Jesús: «¿Dices tú esto de ti mismo, o te lo han dicho otros de Mí?» Con lo cual dejaba a Pilato al descubierto de la plena convicción que tenía de la inocencia de Jesús, y le prevenía para que no se influenciase del injusto proceder del Consejo sanedrítico, y obrase con la rectitud que exigía, como Procurador, su conocimiento de causa. Mas, como Pilato se sintiese tachado indebidamente de cómplice del Sinedrio, herido en su orgullo de romano, dijo a Jesús con autoritarismo: «¿Soy yo acaso judío? Tu nación y los Pontífices te han puesto en mis manos: ¿Qué has hecho?» Respondió Jesús: «Mi Reino no es de este mundo. Si de este mundo fuera mi Reino, mis ministros, sin duda, pelearían para que Yo no fuera entregado a los judíos; mas, ahora mi Reino no es de aquí». Entonces Pilato, plenamente convencido de que el Reino de Cristo era principalmente espiritual, le dijo: «¿Luego Tú eres Rey?» Respondió Jesús: «Tú lo dices que Yo soy Rey. Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad, escucha mi voz». Pilato le dijo: «¿Qué cosa es la verdad?» Mas, cuando esto hubo dicho, se levantó de la silla, interrumpiendo la conversación, y así evitar la respuesta de Jesús; pues, el Procurador presentía que tal investigación sobre la verdad, le acarrearía graves compromisos.

6. El Procurador romano, después de levantarse, salió otra vez adonde estaban los judíos llevando consigo a Jesús fuera del soportal del juicio. Y ya ambos delante de la cancela, dijo Pilato a los Príncipes de los Sacerdotes, a los demás miembros del Sanedrín y al pueblo, allí congregados: «Ningún delito hallo en este Hombre». Y como de nuevo los Príncipes de los Sacerdotes y demás, acusasen a Jesús de muchas cosas, Él nada respondió. Viendo Pilato el majestuoso silencio de Jesús, le dijo: «¿No oyes cuántos testimonios dicen contra Ti? ¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acusan». Y Jesús, ni aun con eso respondió palabra alguna, de modo que el presidente Pilato se maravilló en gran manera. Mas, aquel gentío insaciable, con ensordecedor griterío, insistía diciendo: «Tiene alborotado al pueblo con la doctrina que esparce por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí». Pilato, que oyó decir Galilea, preguntó si Cristo era galileo; con lo cual fingía ignorancia, ya que sabía que Él era natural de Judea. Y como le dijese los sanedritas que Jesús residía en Galilea, Pilato vio logrado su astuto plan de liberarse cobardemente de aquel enojoso compromiso, fingiendo entender que Cristo era de la jurisdicción de Herodes Antipas. Por lo que determinó remitirlo a éste, que era el tetrarca de Galilea; el cual, a la sazón, se hallaba también en Jerusalén.

Capítulo XIV

Comparecencia de Cristo ante el rey Herodes Antipas

1. Alrededor de las 8,45h. de la mañana de aquel Viernes Santo 25 de marzo del año 34, la turba de judíos, dirigida por los miembros del Sanedrín, llevó a Jesús desde el pretorio de Pilato al palacio del rey Herodes Antipas, que es donde él residía durante sus estancias en Jerusalén. Por el camino, la muchedumbre desahogó furiosamente su rabia con insultos y amenazas contra el Reo.

2. A las 9h. de la mañana, Jesús llegó ante la presencia de Herodes Antipas; al que Pilato había mandado previo aviso. Herodes, con jubilosa frivolidad, se alegró mucho de ver a Jesús, porque de largo tiempo lo había deseado; pues, había oído decir de Él muchas cosas, y esperaba verle hacer algún milagro. Con Jesús habían entrado en el palacio de Herodes los Príncipes de los Sacerdotes y demás miembros del Sanedrín, los cuales no tuvieron escrúpulo de contaminarse al estar en aquel edificio pagano. El inicuo rey Herodes hizo, pues, a Jesús muchas preguntas, mas Él nada respondió. Los Príncipes de los Sacerdotes y demás miembros del Sanedrín que allí estaban, temerosos de que el Señor satisficiera con algún prodigio el vano deseo de Herodes, y éste, en agradecimiento, tratase de salvarle, le acusaban con gran insistencia. Mas, ante el rotundo silencio de Cristo a sus preguntas y fatuas pretensiones, Herodes, con sus soldados, le despreció con palabras y obras; y escarneciéndole, le hizo revestir de una ropa blanca que los bufones solían usar en las fiestas palaciegas; y con arrogancia y sarcasmos inauditos, lo remitió así a Pilato para que éste entendiese que sólo se trataba de un loco, y por lo tanto que no hallaba en Jesús delito alguno para ser reo de muerte. Y desde aquel día quedaron amigos Herodes y Pilato, porque antes eran enemigos entre sí. Alrededor de las 9,20h. Jesús fue sacado del palacio de Herodes y conducido a toda prisa al pretorio.

Capítulo XV

Segunda fase del proceso de Cristo ante el Procurador Poncio Pilato

1. Mientras Jesús, custodiado por los soldados, entró de nuevo en el soportal del pretorio en el que se hallaba el tribunal, el gentío, cada vez mayor, que estaba fuera, instigado por los miembros del Sanedrín, vociferaba contra el Inocente Reo con las mismas acusaciones de antes; sobre todo, de que con sus palabras había alterado el orden público y promovido la insubordinación a Roma.

2. A las 9,30h. de la mañana comenzó la segunda fase del proceso. Poncio Pilato mandó que quitasen a Jesús las vestiduras de bufón, y luego salió con Él fuera del soportal del juicio. El Procurador romano, dirigiéndose a los Príncipes de los Sacerdotes y demás miembros del Sanedrín, les dijo: *«Me habéis presentado a este Hombre como pervertidor del pueblo, y ved que preguntándole yo delante de vosotros, no hallé en Él culpa alguna de*

aquellas de que le acusáis. Ni Herodes tampoco, porque os remití a él, y he aquí que nada se ha probado que merezca muerte». Y como este nuevo reconocimiento, por Pilato, de la inocencia de Jesús, irritase a los sanedritas, él, tratando por un lado de liberar al reo y por otro de complacer a la muchedumbre, dijo resueltamente: «Por lo tanto le soltaré después de haberle castigado»; esperando que, con el castigo, el populacho quedara ya complacido. Mas, como de nada sirviese esta nueva táctica, Pilato, abrumado e indeciso, halló otra vía de posible solución; pues, por el día solemne de la Pascua, era costumbre que el Procurador romano diese libertad a uno de los presos, cualquiera de ellos que el pueblo pidiese.

3. Pilato, pues, dijo: *«Costumbre tenéis vosotros que os suelte un preso en la fiesta principal de la Pascua». Y aunque en aquel año 34 dicha solemnidad se trasladaba al día siguiente al ser sábado, Pilato aprovechó entonces la oportunidad, ya que el pueblo estaba congregado ante él. Por eso, el gentío comenzó a pedirle la gracia que siempre les hacía. El Procurador romano, mostrándoles a Jesús atado, dijo: «¿Queréis, pues, que os suelte al Rey de los judíos?» Porque sabía que por envidia lo habían entregado los Príncipes de los Sacerdotes y demás miembros del Sanedrín. Y él llamó públicamente a Cristo Rey de los Judíos para manifestar al pueblo, con hábil ironía, lo absurdo de los cargos hechos contra el Reo; y, de esta manera, tratar de convencerles de que, al que acusaban de proclamarse Rey, era sólo un hombre indefenso, maltrecho y sin delito alguno.*

4. Los sanedritas, así como la muchedumbre, irritados sobremanera por la propuesta de Pilato a favor de Jesús, manifestaron con estruendoso vocerío su repulsa de que Él fuera liberado. Poncio Pilato, ideó otra manera de aplacarles y a la vez salvar al Divino Reo. A la sazón había sido puesto en la cárcel un delincuente muy famoso llamado Barrabás, que estaba preso con otros sediciosos por cierta alteración acaecida en la ciudad y por un homicidio en una revuelta. Y además, Barrabás era un ladrón. El Procurador, teniendo a su lado a Jesús, dijo a la muchedumbre: *«¿A quién queréis que os entregue libre: A Barrabás o por ventura a Jesús, que es llamado el Cristo?»* Pilato esperaba que pidiesen que Jesús fuera liberado, y no Barrabás. Y si bien la muchedumbre, al oír el nombre de Barrabás, se intimidó y desconcertó en extremo, pues temían la liberación de este criminal, no querían en absoluto que Jesús fuera liberado.

5. Poncio Pilato entró de nuevo con Jesús al soportal del juicio, y estando él sentado en su tribunal, su mujer, Claudia Prócula, le envió un mensaje en el que se decía: *«No te metas contra este Justo. Porque muchas cosas he padecido hoy en visión por causa de Él»;* ya que la mujer de Pilato, aunque pagana, era de gran nobleza y bondad de corazón, y siempre tuvo en su interior una misteriosa inquietud y respeto hacia Jesús. Y ella había visto en visión todos los sufrimientos de Jesús y las terribles desgracias que vendrían sobre el Pueblo Judío.

6. Mientras el Procurador romano discurría aún con mayor interés cómo salvar a Jesús, los Príncipes de los Sacerdotes y demás miembros del Sanedrín, persuadieron al pueblo, mediante soborno, que pidiese la liberación de Barrabás y que se hiciese morir a Jesús. Poncio Pilato mandó llamar al bandido homicida, pues creía que con su comparecencia ante el público, éste se intimidaría y se inclinaría por la liberación del Divino Reo. Mas, cuando el Procurador romano, saliendo fuera del soportal del juicio, se presentó teniendo a Jesús a su derecha, y a Barrabás a su izquierda, todo el pueblo vociferó a una con infernal pasión, diciendo: «*Haz morir a Jesús, y suéltanos a Barrabás*». Mas, Pilato, queriendo soltar a Jesús, interrogó de nuevo al pueblo: «*¿A cuál de los dos queréis que os entregue libre?*» Y dijeron ellos: «*A Barrabás*». Y ellos volvieron a gritar todos diciendo: «*¡No a Jesús, sino a Barrabás!*» Pilato les dijo: «*¿Pues qué haré de Jesús, que es llamado el Cristo?*» Dijeron todos: «*Sea crucificado*». El Procurador les dijo: «*¿Pues qué mal ha hecho?*» Y ellos levantaban más el grito diciendo: «*Sea crucificado*». Y Pilato les respondió y dijo otra vez: «*¿Pues qué queréis que haga del Rey de los judíos?*» Y ellos volvieron a gritar: «*Crucifícale*». Mas, les decía Pilato: «*¿Pues qué mal ha hecho?*» Y ellos gritaban más, diciendo: «*¡Crucifícale, crucifícale!*» Y Pilato, por tercera vez, les dijo: «*¿Pues qué mal ha hecho Éste? Yo no hallo en Él ninguna causa de muerte. Le castigaré, pues, y le soltaré*». Mas ellos insistían, pidiendo a grandes voces que fuese crucificado, y crecían más sus voces.

Capítulo XVI

Cristo es azotado y coronado de espinas

1. Como observase Poncio Pilato que eran inútiles sus reiterados intentos de apaciguar a la sanguinaria muchedumbre y a la vez salvar a Jesús, decidió, en su inicua cobardía, propinar crueles castigos al que sabía era inocente, para que los judíos, satisfechos, se apiadasen de su Víctima y fuera liberada.

2. Pilato, pues, tomó entonces a Jesús, y mandó que le azotasen. Este terrible castigo comenzó a las 10h. de la mañana, y fue en una sala de la guardia pretorial. Para ello los soldados despojaron a Jesús de su túnica inconsútil. Luego fue amarrado brutalmente a una columna que servía allí de exorno, y nunca usada para tal suplicio, la cual Él abrazaba con indecible mansedumbre, mientras recibía los crueles azotes que, con el mismo látigo, los dos verdugos, primero uno y después otro, descargaban ferozmente sobre el Sacratísimo Cuerpo, quedando éste flagelado de cabeza a pies por delante y por detrás, ya que las correas del látigo fácilmente lo circundaban. De manera que todo era una llaga viva. El Divinísimo Cuerpo de Jesús recibió, durante su Dolorosísima Flagelación, innumerables heridas, con abundante derramamiento de Sangre y desprendimiento de muchas partículas de su Carne, sin que por eso se desvaneciese.

3. La flagelación duró siete minutos, y le dieron treinta y nueve azotes. El látigo tenía diez correas de cuero, a lo largo de las cuales estaban fijadas

muchísimas púas metálicas. El hecho de que a Jesús le dieran treinta y nueve latigazos, se debe a que Pilato, para evitar el riesgo de que pereciese en los azotes, aplicó esta vez la costumbre judía de que no se sobrepasase dicho número, ya que en la ley romana no había límites. Tras la flagelación, los soldados pusieron a Jesús la túnica.

4. Seguidamente, a las 10,15h. tuvo lugar la coronación de espinas; que no fue ordenada por Pilato, pero sí autorizada por él a propuesta del Sanedrín. Los soldados del Procurador, tomando a Jesús le llevaron al atrio del Pretorio por orden de su tribuno; e hicieron formar alrededor de Él a la cohorte, con gran burla. Lo primero que hizo la soldadesca, una vez que le desataron las manos, fue despojar de nuevo a Jesús de su túnica inconsútil con dolorosísimo desgarramiento de su Sacratísima Carne y derramamiento de su Preciosísima Sangre, al hallarse pegada al Cuerpo por las heridas. Luego, con satánica burla, le cubrieron con un manto o clámide de color rojo, usada por los romanos, simulando así que le investían de manto regio. Mientras tanto, otros soldados entretejían la corona en forma de casco, con el arbusto arduamente espinoso, llamado azufaifo, hoy Spina Christi, con puntas laceradas y fuertes, planta muy abundante en aquella región.

5. Una vez cubierto con la clámide, sentaron a Nuestro Señor Jesucristo, entre bufonas reverencias, en un poyete, simulacro de trono real, procediendo seguidamente a su sangrienta coronación. Dicha corona tenía ciento cincuenta y tres espinas, y una vez puesta sobre la cabeza, muchas de estas espinas le penetraron el cráneo, otras las sienes, e incluso los oídos y los ojos. Luego le colocaron en su mano derecha una caña en simulacro del cetro real. Y doblando ante Él la rodilla, le adoraban con burla y le escarnecían, diciendo: «*Salve, Rey de los judíos*». Y tomaban la caña y le herían con ella la cabeza, y le escupían y le daban bofetadas. A las 10,30h. de la mañana, la sacrílega actuación de los soldados concluyó por la presencia de Poncio Pilato en el atrio del pretorio.

6. Tanto la flagelación como la coronación de espinas de Nuestro Señor Jesucristo, por su salvajismo y crueldad inauditos, hubiese bastado para causarle la muerte, si su Divinidad no hubiese sostenido a su Sacratísima Humanidad.

Capítulo XVII

María Santísima se encamina al pretorio acompañada de los once Apóstoles, de todos los discípulos y piadosas mujeres

1. En el Cenáculo se hallaban reunidos, junto a la Divina María, los once Apóstoles, los discípulos y las piadosas mujeres. Y como Ella deseara que todos acompañasen a su Divino Hijo en el camino del Calvario y en su cruentísima inmolación en el Gólgota, los organizó con prudente sabiduría, en cuatro grupos: En uno, iba Ella, acompañada de María Cleofás y María Salomé, del Apóstol Juan, y de las hermanas María Magdalena y Marta; en otro, iban Pedro y los demás nueve Apóstoles; un tercer grupo estaba

formado por Ágabo y los discípulos, incluido Lázaro; y el cuarto, por Serapia y las demás piadosas mujeres.

2. A las 10,30h. de la mañana, la Madre Dolorosa salió del Cenáculo con los suyos y, seguidamente, lo hicieron también los demás grupos, encaminándose cada uno de estos al pretorio por separado y con la máxima discreción. En el Cenáculo, había quedado el matrimonio Obed y María para la custodia del Santísimo Sacramento allí reservado.

Capítulo XVIII

Continúa la segunda fase del proceso ante Pilato. Cristo es presentado ante el pueblo

1. Poncio Pilato, conturbado por el lastimoso aspecto de Jesús tras su flagelación y coronación de espinas, presentó a las turbas al Divino Nazareno, vestido y coronado de rey de burlas; pues, creía que así cambiarían los feroces sentimientos de aquel malvado populacho. Pilato, acompañado de Jesús, salió otra vez fuera del soportal del juicio, y dijo a la muchedumbre: *«Ved que os lo saco fuera, para que sepáis que no hallo en Él causa alguna»*. Y salió Jesús llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Y Pilato les dijo: *«He aquí el Hombre»*. Con estas palabras, sin el Procurador proponérselo, ni conocer el sentido profético de las mismas, proclamaba públicamente al Hijo de Dios oculto bajo aquella Humanidad.

2. Los Príncipes de los Sacerdotes y demás miembros del Sanedrín, cuando vieron a Jesús y oyeron las palabras *«He aquí el Hombre»*, entendiendo en ellas la profecía de Daniel, que presenta a Cristo como Rey de Eterna Majestad, rugieron como bestias ebrias de sangre en demanda de su muerte, por lo que daban voces diciendo: *«¡Crucifícale, crucifícale!»* Poncio Pilato, sensiblemente enojado por la actitud del pueblo, quiso de nuevo desentenderse del asunto y remitirlo al Sanedrín, por lo que dijo a los miembros de este Consejo: *«Tomadle vosotros, y crucificadle, porque yo no hallo en Él causa»*. Él sabía que, sin su autorización, el Sanedrín no se atrevería a matar a Jesús; mas, quería entregarle al pueblo con la esperanza de que le matasen en el trayecto desde el pretorio hasta el palacio del Sumo Pontífice, y así dejar zanjado el asunto.

3. Y como los miembros del Sanedrín no estuvieran dispuestos a que Pilato se eximiese del deber que, por razón de su autoridad, le ligaba a tan delicada causa, viendo que los cargos de carácter político contra Jesús no eran considerados por el Procurador como imputables al Divino Reo, hicieron valer de nuevo los cargos religiosos, en los que se basaba la sentencia condenatoria de Caifás, y que habían presentado en el pretorio al principio del juicio. Por eso, los sanedritas respondieron a Pilato: *«Nosotros tenemos ley; y según la ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios»*; reprochando así al Procurador su falta de celo en respaldar, con su autoridad, la ley judía; ya que, según esta ley debía morir como reo de blasfemia al proclamarse Hijo de Dios; y que, por lo tanto, Pilato estaba obligado severamente, ante el César, a apoyar el veredicto de muerte dictado por el Sanedrín.

4. Cuando Poncio Pilato oyó estas palabras, temió más; ya que, por una parte, el Procurador, inclinado cada vez más a admitir que Jesús fuese el verdadero Hijo del Único Dios, temía recayese sobre él la justicia divina, de lo cual le había prevenido su esposa Claudia Prócula, si accedía a los criminales propósitos del Sanedrín; y de otra, temía la responsabilidad que de Roma le podrían exigir, si rechazaba los cargos de carácter religioso contra Jesús, y la sentencia de Caifás y de todo un Sanedrín poderoso e influyente. El Procurador romano, entró con Jesús en el soportal del juicio, no ya para interrogarle sobre su patria y linaje humano, que conocía, sino sobre su origen divino, y dijo a Jesús: *«¿De dónde eres Tú?»* Pretendiendo así que le revelase el misterio de su Persona Divina, cuya verdad le era cada vez más patente a Pilato. Mas Jesús no le dio respuesta, ya que Pilato estaba menospreciando sus divinas inspiraciones con detrimento de la justicia en defensa de su inocencia.

5. La majestuosa autoridad de Jesús y su elocuente mutismo desconcertaron a su orgulloso juez; quien, con arrogancia y vana ostentación de su poder, trató de humillar a Jesús, diciéndole: *«¿A mí no me hablas?; ¿no sabes que tengo poder para crucificarte, y que tengo poder para soltarte?»* Mas, respondió Jesús: *«No tendrías poder alguno sobre Mí, si no te hubiera sido dado de arriba»*; dando así a entender a Pilato que no podría crucificarle si Él, como Dios que era, no se lo permitiese. Estas palabras fueron acompañadas de secreta manifestación, por Jesús, de su infinito Poder; por lo que, desde entonces, no dudó ya Pilato de que se hallaba ante el Hijo de Dios Eterno y Verdadero. Seguidamente Jesús, con voz audible a toda la multitud, pronunció sus últimas palabras ante el tribunal de Pilato, diciendo: *«Por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene»*. Y de esta manera reconvenía, tanto a Pilato como al Sanedrín y al pueblo, por sus respectivas culpabilidades en aquella causa contra Dios en la Persona de su Unigénito.

6. Desde entonces, el Procurador romano puso el máximo empeño para que Jesús quedara suelto de las garras de los judíos; por lo que, estando Jesús a su lado, Pilato, con decisión y coraje, hizo valer su autoridad de Procurador, reprochándoles severamente de lo vano de sus acusaciones y del terrible error que cometían pidiéndole la crucifixión del Inocente. Mas los judíos gritaban diciendo: *«Si a Éste sueltas, no eres amigo del César. Porque todo aquel que se hace rey, va contra el César»*.

7. Cuando éstas y otras muchas cosas decía la exaltada turba, llegaron al pretorio Anás y Caifás con gran pompa, cortejados por unos miembros del Sanedrín que habían ido a buscarles. Y acercándose ambos Pontífices a la cancela del soportal del juicio, manifestaron a Pilato con enojosa inquietud su extrañeza de que tanto se opusiera a la condena de Jesús, el cual era un enemigo declarado de la ley judía y del César. Cuando esto oyó Pilato, se amedrentó sobremanera; y se sentó en el tribunal que estaba dentro del

soportal. Mas, Jesús fue sacado fuera. Pilato se dispuso, pues, a dictar sentencia condenatoria contra el Divino Reo, y así complacer a sus voraces enemigos. Mas, cuando procedía a hacerlo, se presentó en el tribunal su esposa Claudia Prócula para insistirle, ahora personalmente y con abundantes lágrimas, que se abstuviese de llevar a cabo la muerte de Jesús.

8. Como la actuación de Claudia Prócula removiese la conciencia de Pilato, a las 10,35h. de la mañana, salió él fuera del soportal; y, colocado al lado de Jesús, intervino de nuevo en su defensa, diciendo a los judíos: «*He aquí a vuestro Rey*»; sin que por eso quisiera mofarse de Jesús, sino ridiculizar a los propios judíos, y en especial a Anás y Caifás. Y, aquellas palabras, fueron la última oportunidad de salvación para el Pueblo Judío; ya que, el Espíritu Santo, por boca de Pilato, les avisaba a todos que tenían presente al Rey y Mesías Prometido, que tanto habían deseado. Mas, todos gritaban: «*¡Quita, quita, crucifícale!*» Y les dijo Pilato: «*¿A vuestro Rey he de crucificar?*» Respondieron Anás y Caifás: «*No tenemos otro rey sino al César*».

Capítulo XIX

Pilato pronuncia la sentencia contra Cristo

1. Viendo Poncio Pilato que, aunque trataba de salvar a Jesús nada adelantaba, sino que crecía más el alboroto de los judíos, juzgó que se hiciera lo que pedían. Por lo que, a satisfacción y gusto de ellos, a las 10,45h. de la mañana, el Procurador romano decretó la condena a muerte de cruz contra Jesús por los delitos de carácter religioso y civil atribuidos por el Sanedrín con el apoyo unánime del pueblo. Dicha sentencia fue de momento verbal. Seguidamente, Pilato salió fuera de la cancela; y, ya al lado de Jesús, mandó le trajeran agua, y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: «*Inocente soy yo de la Sangre de este Justo; allá vosotros con el crimen que cometéis obligándome a la condena de un justo*». Con tan vil simulacro, él pretendía aparentar inculpabilidad en la muerte del Señor, cuando era cómplice de la misma. Y respondió todo el pueblo diciendo: «*Caiga su Sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos*». Con cuyas palabras, el Pueblo Judío quedaba convertido en pueblo deicida, y aceptaba las funestas consecuencias que conllevaría para ellos y sus descendientes la muerte del Mesías.

2. Seguidamente, Pilato, queriendo contentar a los judíos, les puso en libertad a Barrabás y entregó a Jesús a la voluntad de ellos para que le crucificasen; siendo entonces las 10,55h. de la mañana. Al mismo tiempo que aquella enloquecida multitud prendía a Jesús, aclamaba jubilosa a Barrabás; el cual está en el fuego eterno del infierno.

3. Una vez que Cristo se vio en manos de sus enemigos, después que estos le escarnecieron terriblemente, le desnudaron de la púrpura, le quitaron la corona de espinas, y tras vestirle con la túnica inconsútil, volvieron a colocar la corona en su Sacratísima Cabeza; y le dejaron descalzo para que su recorrido al Calvario fuera mucho más penoso por las piedras e inmundicias.

4. La Divina María compartió con su Divino Hijo todas las afrentas que Él recibió, entre ellas las de la flagelación y la coronación de espinas, aunque estos misterios nadie los vio. La Dolorosísima Madre, los once Apóstoles, todos los discípulos y piadosas mujeres, estuvieron presentes cuando Poncio Pilato pronunció la sentencia contra Jesús, ya que habían llegado al Pretorio a las 10,45h. de la mañana, y pudieron oír perfectamente el sacrílego decreto.

Capítulo XX

Desposorio de Cristo con la Cruz Redentora. Cristo, con la Cruz al hombro, camino del Calvario

1. Nuestro Señor Jesucristo, ante el pretorio de Pilato, cuando recibió la Cruz, se arrodilló; y, en sublime contemplación, abrazó la Cruz, la besó y se desposó con ella en verdadero desposorio. De este beso del esposo a la esposa, es de donde vendrían tantos y tantos hijos a la vida de la Gracia. Y al desposarse Cristo con la Cruz, antes de que se la pusieran sobre el hombro, abrazándose a dicha Cruz redentora, la estrechó contra su Deífico Corazón y dijo en su interior, sin pronunciar palabras: *«¡Oh esposa amada! ¡Oh bella esposa! ¡Oh esposa de mi corazón!, deja que te abrace, deja que te dé el ósculo casto, puro y, al mismo tiempo, fecundo. ¡Oh esposa amantísima!, pronto quiero ya estar totalmente unido a ti en el Gólgota, para que nazcan muchos hijos de nuestro sublime desposorio. ¡Oh Cruz deseada de mi Alma! Ven a Mí, amada mía, para que me recibas en tus brazos; y en ellos, como en altar sagrado, reciba mi Eterno Padre el Sacrificio de la eterna reconciliación con el linaje humano. Para morir en ti bajé del Cielo en vida y carne mortal y pasible, porque tú has de ser el cetro con que triunfaré de todos mis enemigos, la llave con que abriré las puertas del paraíso a mis predestinados, el sagrado refugio donde hallen misericordia los culpados hijos de Adán y el depósito de los tesoros que pueden enriquecer su pobreza»*. Cristo también dijo interiormente: *«Padre mío, recibo voluntariamente y con gran amor, de tu Divina Mano, este leño de ignominia. Mas, de ahora en adelante, será de gloria para mis seguidores. Tú sabes desde cuánto tiempo Yo deseo abrazar la Cruz y morir sobre ella para testificar a Ti y al mundo entero, cuán grande es el amor que te tengo y que tengo para todo el género humano»*. Este amorosísimo gesto fue, pues, el ósculo nupcial en el tálamo sublime de la Reparación y la Redención, del que vendrían frutos abundantísimos. Cristo, abrazado a la Cruz salvífica, estampó su sublime huella, la huella de su ósculo de fecundidad. En la Cruz redentora, quedaron, las huellas de los sacratísimos labios de Cristo, labios fecundos, labios dulces como la miel.

2. Para que podamos vencer a Satanás, contemplemos a Cristo abrazado a su esposa inmaculada, la Cruz. Mas es una Cruz inmunda, nauseabunda, al estar manchada por la fealdad de nuestros delitos; ya que esa Cruz son nuestros propios pecados. Y, al mismo tiempo, sin contradicción alguna, esa Cruz es Esposa Inmaculada de Cristo, ya que quedó toda limpia y sin mancha

alguna, por haber tenido el contacto con sus divinos labios, al darle el beso nupcial. He ahí el misterio sublime del desposorio de Cristo con la Cruz redentora, y la grandeza de la Obra Salvífica de la Reparación y Redención.

3. A las 11h. de la mañana de aquel viernes 25 de marzo del año 34, los judíos, una vez que ataron a Jesús por la cintura y el cuello, pusieron sobre su Hombro derecho la ignominiosa Cruz, que Él cargó con amor y mansedumbre infinitos. Luego, comenzó su penosa bajada por la escalera de acceso al pretorio, hasta la gran explanada que precedía al edificio, saliendo así fuera de todo lo que pertenecía al mismo. Y portando Jesús su Cruz al hombro, le llevaron a crucificar, recorriendo la Vía Dolorosa que terminaría en el Calvario. Tras Jesús, iban dos malhechores, llamados Dimas y Gestas, para ser también crucificados. Entremezclados con la muchedumbre, no lejos de su Divino Hijo y a la izquierda de Él, iba María Santísima, acompañada de María Cleofás y María Salomé, del Apóstol Juan y de María Magdalena y Marta. También seguían a Jesús: Pedro y los otros nueve Apóstoles, los discípulos incluido Lázaro, y las demás piadosas mujeres.

4. Ya entrado en la Vía Dolorosa, el Divino Cordero viose precipitado al suelo bajo el peso de la Cruz; y sin dejar ésta, quedó de hinojos sobre la rodilla izquierda, dando con su Sacratísima Cabeza en el suelo. Poco después, Él encontró a su Amadísima Madre; y, sin hablarse vocalmente, se cruzaron sus miradas, acrecentándose en cada uno de Ellos la aflicción que les embargaba; y el mayor dolor que tuvo María Santísima en su encuentro con Jesús en la Calle de la Amargura, fue el ver a su Divino Hijo como un leproso, falto de la hermosura en su Rostro. Con el encuentro, el Hijo y la Madre se vieron también confortados y reanimados para seguir en su cruenta Pasión. Y dado que el vehementísimo afán de la Divina María para aproximarse a su Divino Hijo había llamado la atención a algunos de los que iban en el sangriento cortejo, sucedió que, en el mismo instante del encuentro de Cristo con su Santísima Madre en la Calle de la Amargura, un Príncipe de los Sacerdotes, secretamente y con dinero por medio, indicó a una prostituta que se acercara a la Virgen María y la arrojara al suelo; y, en ese mismo instante, ante unos rayos que salieron de Cristo, y sin que nadie lo advirtiera, quedaron fulminados el Príncipe de los Sacerdotes y la prostituta, siendo precipitados en cuerpo y alma al infierno tras el juicio particular. El Príncipe de los Sacerdotes era de Nazaret, y fue el máximo promotor del intento de despeñar a Cristo al principio de su Vida Pública, tras su predicación en la sinagoga de dicha ciudad.

5. Jesús continuó su camino con la Cruz al Hombro, y salió por una de las puertas de la muralla de la ciudad hacia aquel lugar que se llamaba Calvario, y en hebreo Gólgota, que significa calavera. Y era tal la debilidad de Jesús que, temiendo los judíos muriese en el camino y no pudieran darse el gusto de crucificarle, buscaban alguien que le ayudase a llevar la Cruz hasta el Calvario. Por eso, al salir fuera de la ciudad, hallando a un hombre de Cirene,

por nombre Simón, de raza negra, que por allí pasaba, y que venía de su granja, padre de Alejandro y Rufo, le obligaron a que ayudase a Jesús a llevar la Cruz, cargando sobre Simón la parte trasera de la misma; de manera que, sin que Jesús dejara un momento la Cruz, era ayudado por el Cirineo, que iba detrás de Él. Simón de Cirene, aunque al principio se había opuesto a compartir la Cruz de Jesús, al ver cómo María Santísima le pedía con su mirada que ayudase a su Divino Hijo, compadecido de Ella, aceptó. Y Jesús, complacido, miró al Cirineo y le dio luz para que conociese que Él es el Hijo de Dios, teniendo lugar así su conversión.

6. Poco después, una de las piadosas mujeres llamada Serapia, viendo el Rostro de Jesús velado por el sudor, la sangre y el lodo, deseó repararlo. Para ello, desafiando con valor la vigilancia de los brutales soldados, se colocó de hinojos delante del Varón de Dolores, y cubrió su Divinísimo Rostro con un lienzo blanco recogido en tres dobleces, quedando milagrosamente estampada, en cada uno de ellos, la Santa Faz. Jesús continuó su penosa subida hacia el Calvario, cada vez más encorvado por la carga de la Cruz y los golpes de los verdugos; los cuales, impacientes por la lentitud del Reo, le acosaron con tal brutalidad, que Él cayó de golpe con sus dos rodillas bajo la Cruz, dando también con su Sacratísimo Rostro en los punzantes guijarros del camino.

7. Entre aquella gran multitud del pueblo que brutalmente seguía a Jesús para crucificarle, había diecisiete mujeres, algunas con sus hijos, que plañían y lloraban por las injurias que Él recibía de aquel inhumano gentío; máxime, al ver la paciencia del mansísimo Cordero, pues comprendían, además, que Él era inocente. Ninguna de ellas pertenecía a las piadosas mujeres religiosas carmelitanas. Jesús, volviéndose hacia aquellas diecisiete mujeres que lloraban tras Él, dijo: *«Hijas de Jerusalén, no lloréis por Mí; antes llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque vendrán días en que dirán: ‘Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar’. Entonces comenzarán a decir a los montes: ‘Caed sobre nosotros’; y a los collados: ‘Cubridnos’. Porque si en el Árbol Verde hacen esto, ¿en el seco, qué se hará?»* Jesús no reprochaba a aquellas piadosas mujeres el que llorasen por Él al verle en tan lastimoso estado, sino que les exhortaba a que convirtiesen sus lágrimas en obras de compunción y arrepentimiento de sus pecados, como fruto de la contemplación de su Pasión. Con las palabras, *«hijas de Jerusalén»*, Jesús se refería a todas las mujeres del Pueblo Judío, y no sólo a aquellas que lloraban en pos de Él. Además, predijo las desgracias espirituales y materiales de aquel pueblo por su apostasía deicida. Estas diecisiete mujeres que plañían y lloraban, después se unirían, unas como religiosas y otras como terciarias, a las piadosas mujeres que formaban la rama femenina del Carmelo.

8. A medida que se acercaba Jesús al Monte Calvario, el camino era más escarpado y dificultoso, contribuyendo esto a que Él cayese al suelo por

tercera vez al iniciar la empinada cuesta. Jesús, cayó violentamente, bajo el peso de la Cruz, con total desplomamiento y magullamiento de su Cuerpo, sobre todo de su Divino Rostro. Como correspondía a su excelsa misión de Covíctima, la Dolorosísima Madre compartió con su Divino Hijo cada una de las tres caídas de la Calle de la Amargura; por lo que, su immaculado y sensibilísimo Cuerpo Accidental, se sintió espiritualmente postrado en el suelo y físicamente contusionado y herido, sin que nadie lo percibiese.

9. Cristo llevó la Cruz sobre su Hombro derecho por la calle de la Amargura, sintiendo los pecados nuestros; y, al mismo tiempo, sintiendo que la Cruz era immaculada, aunque manchada por la inmundicia de nuestros pecados.

Capítulo XXI

Cristo llega a la cima del Monte Calvario. Cristo contempla la Cruz en la que va a ser clavado

1. A las 11,50h. de la mañana de aquel viernes 25 de marzo del año 34, Jesús, cargado con la Cruz y ayudado por el Cirineo, llegó a la cima del Calvario.

2. Para las ejecuciones en la cruz había la humanitaria costumbre judía, respetada por los romanos, de dar antes al reo una bebida compuesta de vino con un poco de mirra, grata al paladar, a fin de confortarle; y, además, adormecer sus sentidos para mitigar el sufrimiento. Mas, en el caso de Jesús, los Príncipes de los Sacerdotes y demás miembros del Sanedrín sobornaron a los soldados para que mezclasen en el vino una gran cantidad de hiel animal; y, de esta manera, atormentarle más y burlarse de la espantosa sed que padecía. Y cuando le dieron de beber a Jesús este vino mezclado con hiel, aunque Él lo probó para expiar también así nuestros pecados, no lo quiso beber. Entonces los Príncipes de los Sacerdotes y demás miembros del Sanedrín, ahora con fines aún más perversos, para humillar y desacreditar a su Víctima, dijeron a los soldados que le dieran a beber vino mezclado con mirra. Mas, Jesús no lo tomó, para privarse de la confortante satisfacción que esa bebida le produciría; y además, para que no pudiera malentenderse que sus sufrimientos en la Cruz estuvieron mitigados por aquella bebida. Pues, pretendían los Príncipes de los Sacerdotes y demás miembros del Sanedrín que Jesús, devorado por la sed, la tomase toda, y fuese tachado de glotón y bebedor de vino por la muchedumbre.

3. Seguidamente, despojaron a Jesús de la túnica inconsútil; y como era cerrada y larga, se la sacaron por la cabeza sin quitar la corona de espinas. Y lo hicieron con tal rapidez, violencia y crueldad, que arrancaron la corona con la misma túnica, por lo que se avivaron de nuevo las heridas de su Sacratísima Cabeza. Después, le colocaron de nuevo la corona. Con este brutal desvestimiento, el Divinísimo Cuerpo quedó tan sumamente maltrecho y desfigurado, que parecía el más abyecto de los leprosos, dados los hematomas de los golpes, la Sangre coagulada y los pedazos de Carne

desprendidos. Jesús no permitió que le arrancaran los paños menores que cubrían las partes más privadas de su Cuerpo, a pesar de que los miembros del Sanedrín inducían a los soldados a que lo hicieran. Nuestro Señor Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote y, al mismo tiempo, Víctima Propiciatoria, ya despojado de sus vestiduras y antes de ser crucificado, se arrodilló, elevó los ojos al Cielo y oró al Padre Celestial implorándole consolución; y el Padre Eterno le respondió: *«Hijo mío muy amado, en quien tengo puestas todas mis complacencias, Yo te sostendré hasta el último instante»*. Todo este diálogo, lo oyeron la Divina María y el Apóstol Juan.

4. La Madre Dolorosísima compartió por la Calle de la Amargura, de forma cruenta e invisible, todos los sufrimientos de Jesús; y también compartió en el Calvario el amarguísimo sabor de vino con hiel y el crudelísimo despojo de las vestiduras. La Santísima Virgen María, Cosacerdote de Cristo y Covíctima propiciatoria, al mismo tiempo que Cristo ya despojado de sus vestiduras oraba arrodillado al Padre Celestial, Ella, de pie, imploró también consolución; y el Padre Eterno le respondió: *«Hija mía muy amada, Yo te sostendré hasta el último instante»*. Este diálogo lo oyeron el Señor y el Apóstol Juan.

5. Momentos antes de ser crucificado, Cristo, al contemplar la Cruz sobre la tierra, elevó de nuevo su plegaria al Padre Eterno; mas, el Padre, se ocultó, como si no quisiera oír a su amadísimo Unigénito, quien sufrió aquel ocultamiento del Padre Eterno. Cristo contempló de nuevo los pecados de los hombres y la Cruz en la que iban a clavarle, y estaba con miedo; porque en el estado pasible de su Alma y de su Cuerpo, Él llegó a tener miedo, tedio, pavor, desconsuelo, desolación. Y, aún con todo esto, allí, arrodillado en el Gólgota, contempló la Cruz sobre la tierra; y nuevamente, sintió un impulso vehementísimo de amor a dicha Cruz; en primer lugar, para reparar al Padre Eterno, y en segundo lugar, para redimir a los hombres. Es como si Cristo dijera, en aquel momento, a aquella Cruz: *«¡Oh amada mía! ¡Oh amada mía! ¡Oh esposa mía! ¡Oh amiga mía! ¡Qué ganas tengo ya de estar clavado en ti!, para reparar al Padre Eterno y redimir a los hombres, y para que, por medio de esta unión entre tú y Yo, haya abundantísimos frutos, nazcan multitud, millones y millones de hijos a la Gracia»*. Cristo, pues, estaba anhelando ya ser clavado en la Cruz, para que comenzaran los frutos de la Redención.

Capítulo XXII

Cristo es crucificado

1. La Cruz que Cristo portó, y en la que fue crucificado, estaba compuesta por dos maderos redondos hechos de la madera madre del mismo árbol en que Judas Iscariote se ahorcó. Es decir, que el árbol de donde sacaron los dos trozos de madero para la Cruz, era el mismo que luego fue usado por el traidor; ya que dicho árbol constaba de un tronco principal, de gran tamaño; del cual partía, a poca altura, otro tronco lateral más pequeño; de manera que,

del madero principal o madre, tomaron lo necesario para hacer la Cruz; y el otro tronco secundario, que quedó en el árbol, lo utilizó Judas para ahorcarse. El referido árbol era un ciprés común. La forma de la Cruz era la latina, compuesta de dos maderos unidos formando cuatro ángulos rectos, como se viene representando tradicionalmente en la Iglesia, y por lo tanto no era ni en forma de T, ni de X, ni de Y. El palo vertical era de cinco metros de largo y dieciocho centímetros de diámetro. El palo horizontal tenía dos metros de largo e igual diámetro que el anterior. El ensamblaje de un palo a otro fue haciendo en ambos el correspondiente hueco o entalladura a ese fin. El peso exacto de la Cruz era de noventa kilos, suficiente, dado el sumo debilitamiento del Cuerpo de Cristo, para haberle causado la muerte en cualquier momento de la Vía Dolorosa, si no fuera porque la Divinidad sostenía a la Sacratísima Humanidad pasible. En cuanto a los clavos, el usado para los pies era de mayor tamaño que los de las manos, y los tres fueron lo suficientemente fuertes y largos para taladrar la Sacratísima Carne de Jesús y además penetrar una buena parte del madero sin que lo traspasasen totalmente.

2. A las 11,55h. de la mañana de aquel Viernes Santo 25 de marzo del año 34, Jesús, tendido en tierra sobre la Cruz, fue crucificado. Para señalar los barrenos de los clavos de la Cruz de Cristo, mandaron los verdugos con imperiosa soberbia, al Criador del Universo, que se tendiese en ella, y el Maestro de la humildad obedeció sin resistencia. Pero ellos, con inhumano y cruel instinto, señalaron los agujeros, no iguales al Sagrado Cuerpo, sino más separados para que su tormento fuera mayor en la Crucifixión. Mientras los verdugos hacían las tres perforaciones en el leño, Nuestro Señor Jesucristo, en el estado pasible de su Sacratísima Humanidad, imploró consolación al Padre Celestial, y Éste le aseguró su sostenimiento físico y espiritual. La Crucifixión del Divino Nazareno implicó, para su sensibilísimo y debilitadísimo Cuerpo, el mayor de los tormentos sufridos hasta entonces; no sólo ya por los taladros en sí, sino también por la brutal maquinación para llevarlo a efecto; ya que, fue necesario el estirar sus brazos y sus piernas hasta acoplarlos a los barrenos intencionadamente mal colocados: Uno de los verdugos cogió la mano derecha de Jesús y la asentó sobre el agujero correspondiente, y otro la clavó a martillazos sobre el carpo rompiendo las venas y los tendones de la muñeca. Y, como para clavarle la mano izquierda no alcanzara ésta el agujero preparado maliciosamente a más distancia, fue preciso amarrarle la muñeca con una de las sogas con que venía atado, para tirar con inaudita crueldad hasta ajustársela en el barreno y clavarla en el carpo a la Cruz. La forzada dilatación de los brazos y de los hombros de Cristo, al ajustar la muñeca izquierda al agujero previsto, fue de un total de siete centímetros, o sea de tres centímetros y medio en cada brazo. Tras la Crucifixión de las manos, fue la de los pies, aún mucho más dolorosa, ya que los clavaron juntos en los metatarsos, puesto el derecho sobre el izquierdo, y

directamente sobre el madero de la Cruz; lo cual implicó para el Señor una tortura inimaginable, al tener que atarle los tobillos con una soga y dilatar las piernas siete centímetros, y por lo tanto todo el cuerpo, a base de brutales tirones por varios de los verdugos, al haber sido preparado el agujero a mayor distancia de lo que correspondía a la medida de su talla.

3. El Deífico Cuerpo de Jesús quedó, pues, crucificado, en tres minutos con violenta tensión y dislocamiento general de huesos, nervios, tendones y musculatura. Una vez crucificado, los soldados, a instancia del Sanedrín, fijaron en la corona de espinas tres cuernos de toro con las puntas hacia arriba, para mayor burla; cumpliéndose así la Escritura, que dice: *«Y serán exaltados los cuernos del Justo»*.

4. Cuando Cristo fue crucificado, que fue con gran sufrimiento de su Alma, sintió ya un mayor contacto con su esposa inmaculada la Cruz. Y, en su contemplación, dijo a la Cruz en la cual estaba clavado, antes de que la alzarán: *«¡Oh esposa mía! Ahora, estoy en más contacto contigo; se aproxima la hora suprema en que nacerán nuestros hijos. ¡Oh amada Cruz!, álzate ya sobre el Gólgota, para que el mundo contemple nuestro desposorio. ¡Oh novia ataviada! ¡Oh Cruz salvífica! ¡Oh Cruz redentora! ¡Oh esposa mía! ¡Oh inmaculada! álzate ya sobre la cumbre del Gólgota, para que seas vista por todo el orbe»*.

5. Con antelación suficiente, Poncio Pilato hallándose en el Pretorio, había hecho la redacción oficial de la sentencia contra Jesús; cuyo documento entregó personalmente a Anás y Caifás. También mandó se hiciese una inscripción trilingüe alusiva a la causa de Cristo, cuyas palabras son: *«Jesús Nazareno, Rey de los judíos»*. La colocación del INRI en la Cruz, fue encomendada por Pilato a un centurión, llamado Abenadar, que lo portó privadamente sin que nadie lo leyese hasta que el santo madero fuera elevado en el Calvario. A éste se le había encomendado expresamente la custodia de Cristo una vez crucificado, y tenía bajo su mando a un grupo de soldados para este fin. Y cuando aún estaba la Cruz en el suelo, clavaron dicha inscripción en el extremo alto del madero, un poco más arriba de la Cabeza del Señor. Y estaba escrito en arameo hebraico, en griego y en latín. Poncio Pilato no estuvo en ningún momento presente en el Calvario.

6. A las 12h. en punto de la mañana de aquel Viernes 25 de marzo del año 34, Nuestro Señor Jesucristo quedó elevado y pendiente de la Cruz; lo cual llevaron a cabo los soldados con saña y brusquedad inauditas. Y cuando alzaron la Cruz sobre el Gólgota cayendo sobre una hendidura natural de la roca del Calvario, pues fue previsto así dicho hueco por el plan divino, y el universo todo se estremeció, Cristo dijo a la Cruz: *«¡Oh esposa mía! qué cerca estamos ya; un poco más de tiempo, un poco más, y ya veremos la multitud de hijos que vamos a dar al Padre Eterno»*. Cristo ya inhiesto en la Cruz sobre el Gólgota, contempló el universo, y sin que sus palabras pudieran ser oídas por los demás, dijo: *«Universo todo, todo el universo:*

¡Contemplad este desposorio mío con la Cruz redentora, el desposorio esperado por los hombres desde la caída de Adán!» Y Cristo, al mismo tiempo que sufría, estaba en un gozo inenarrable, contemplando todo el universo, todas las obras creadas, y pregonando a todas ellas: *«Venid todos, venid todas las criaturas, todas, todos los hombres, todos los animales, todas las estrellas, venid, contemplad este desposorio»*. Y Cristo continuó diciendo en silencio, a su esposa inmaculada la Cruz: *«Mira, esposa mía, cómo el universo contempla nuestro desposorio; no ha habido nunca tal desposorio como éste; jamás ha habido una noche nupcial como ésta; jamás ha habido un tálamo nupcial como éste: El tálamo de la Obra Salvífica de la Reparación y de la Redención»*. Y la Cruz redentora, misteriosamente, contestó a su Esposo Cristo: *«¡Oh Amado mío! ¡Oh Esposo mío! ¡Amigo mío! Ya estamos juntos. Pronto se va a consumir nuestro desposorio pleno. Ya se aproxima tu gloriosa muerte, unido a mí»*.

7. Con la exaltación cruenta del Divinísimo Cordero en la cima del Calvario se consumó la rabiosa pretensión del deicida Sanedrín, secundado por el sanguinario pueblo; pues, estaba Cristo a lo alto, pendiente de la Cruz, en majestuoso silencio, entre indecibles convulsiones por el mayor desgarramiento de las llagas de las manos y de los pies, y el general recrudescimiento de las innumerables heridas a causa del violento choque de la Cruz con el fondo rocoso del agujero, en que fue colocada con saña y brusquedad inauditas. La tensión y el dislocamiento de su Sacratísimo Cuerpo, sostenido por tres clavos, no le permitían postura alguna que mitigase sus infinitos dolores; pues, incluso su Sacratísima Cabeza coronada, caía hacia delante, junto con los hombros, avivándose el acribillamiento de las espinas, el de las llagas de las manos por la mayor tirantez, y la asfixia por la opresión de sus pulmones. Y, cuando por el natural impulso levantaba la Cabeza para aliviar la angustia de su comprimida respiración, ello implicaba nuevas contorsiones y el removimiento de sus heridas.

8. Después que Cristo fue elevado en la Cruz, tuvo lugar la crucifixión de Dimas y Gestas. Cada uno venía amarrado a un palo transversal y habían llegado al Calvario poco después de Cristo. Una vez desatados los dos ladrones, y antes de proceder a la crucifixión de ambos, se observó con ellos, con su humanitario fin, la costumbre judía de dar a beber vino mezclado con un poco de mirra como bebida confortante. Los soldados formaron las dos cruces; para lo cual ensamblaron y fijaron con clavos dichos palos transversales a sus respectivos palos verticales, traídos estos últimos con antelación al Calvario y preparados a ese fin. Luego clavaron en el suelo a cada ladrón con tres clavos, a semejanza de Cristo, para después alzarles: Primero, a Dimas a la derecha de Él; y seguidamente, a Gestas a la izquierda; de manera que Jesús quedó en el centro de los dos delincuentes, cumpliéndose así la Escritura que dice: *«Y fue contado entre los malhechores»*. Los tres estaban colgados de sus leños cara al occidente; y, si

bien las tres cruces eran de igual forma, la de Cristo era de mayor tamaño, y distanciada a cinco metros de cada una de las otras dos, medido de base a base. Los dos ladrones, a pesar del narcotizante líquido bebido antes, lanzaban gritos desgarradores de dolor e injuriaban desesperadamente a sus verdugos, sobre todo cuando les clavaron sus infames manos y pies.

9. La Divina María se situó a la derecha de la Cruz, y con Ella estuvieron también sus dos hermanas María Cleofás y María Salomé, así como las hermanas María Magdalena y Marta; a la izquierda de la Cruz se colocó el Apóstol Juan. Mas, Pedro y los otros nueve Apóstoles, así como los discípulos y las demás piadosas mujeres, estuvieron en el Calvario entremezclados con la muchedumbre.

10. En el momento en que Jesús, clavado en la Cruz, quedaba elevado a la vista de todos, llegaron al Calvario los Pontífices Caifás y Anás, acompañados de su séquito personal. Y cuando ellos, así como otros muchos de los judíos, leyeron la inscripción con la causa de la condena que Pilato había mandado poner en lo alto de la Cruz, ambos Pontífices mandaron una comisión al Procurador para decirle: «*No escribas Rey de los judíos; sino, que Él mismo dijo: 'Yo soy el Rey de los judíos'*». Mas, Pilato, respondió: «*Lo que he escrito, escrito quedará*»; reafirmando así su convicción personal de que Jesús era el verdadero Rey de los judíos; título que había redactado con intención de humillarles, aunque no dejó de ser por impulso divino, para que constara públicamente por escrito que a su Rey y Mesías había dado muerte aquel pueblo deicida.

11. María Santísima compartió en el Calvario los cruentísimos dolores de la Crucifixión de su Divino Hijo, sin que nadie viera en Ella el traspaso de sus manos y sus pies.

Capítulo XXIII

Desastroso fin del traidor Judas Iscariote

1. Judas Iscariote, mientras deambulaba por Jerusalén, había tenido conocimiento de la condena a muerte de su Divino Maestro. Con esta noticia, el traidor llegó a lo sumo de su remordimiento y desesperación. De tal manera que, hasta la bolsa de las treinta monedas, precio de la inicua venta de Jesús, abrasaba su alma, sus manos y todo su ser. Por eso, él deseó deshacerse cuanto antes de aquel caudal deicida, no movido en absoluto del arrepentimiento de haber traicionado a Jesús, sino por las consecuencias funestas que conllevaba su impía traición. Pues, Judas Iscariote hasta ya sentía, en cierta medida, los sufrimientos de las infernales penas de daño y de sentido, deseando rabiosamente liberarse de ellas, mas sin renunciar en absoluto a su odio a Cristo.

2. Y sucedió que, mientras Jesús iba con su Cruz al Hombro camino del Calvario, Judas fue al Templo de Jerusalén, en donde manifestó su deseo de devolver las treinta monedas de plata a los Pontífices Anás y Caifás, diciendo: «*He pecado, entregando la Sangre inocente*». Mas ellos dijeron:

«¿Qué nos importa a nosotros? Haberlo pensado antes». Y Judas Iscariote, arrojando las monedas de plata en el Templo, se retiró, y fue y se ahorcó con su propio cinturón, colgándose del tronco lateral del mismo ciprés del que había sido sacada antes la madera de la Cruz de Jesús. Dicho suicidio lo consumó a las 12h. de la mañana; que era la misma hora en que Cristo era alzado en la Cruz.

3. Y los Pontífices Anás y Caifás, cuando tomaron las monedas de plata, dijeron con refinada hipocresía: «No es lícito meterlas en el tesoro, porque es precio de sangre». Y habiendo deliberado sobre el asunto, compraron con ellas el campo de un alfarero para sepultura de los peregrinos. Por lo cual fue llamado aquel lugar Campo de Sangre. Entonces se cumplió lo que fue vaticinado por el Profeta Zacarías: «Y dijeron entre ellos: Usad las monedas para el campo del alfarero. Y tomaron las treinta monedas de plata, ese bello precio en que me apreciaron; y después de derramarlas en el Templo, fueron entregadas para comprar el campo del alfarero». El cuerpo de Judas, estando colgado en el árbol, reventó por medio, y se derramaron todas sus entrañas; y se hizo esto notorio a todos los moradores de Jerusalén. El alma de Judas Iscariote, tras el juicio particular fue precipitada eternamente en los infiernos; su cuerpo accidental permaneció colgado del árbol hasta la Resurrección de Cristo; ya que, en este momento, resucitó juntamente con su cuerpo esencial, y ambos fueron precipitados en el infierno. Por tanto, desde ese momento Judas Iscariote se encuentra en el infierno con los tres elementos de su persona.

Capítulo XXIV

El milagro de las tinieblas. El ambiente despiadado y cruel que rodeó a Cristo en el Calvario y el repartimiento de las vestiduras

1. La exaltación de Nuestro Señor Jesucristo en la Cruz, fue recibida, por la gran mayoría del sanguinario populacho, con alborozado griterío, grotescas risotadas y blasfemas imprecaciones contra el Divino Ajusticiado; a Quien amenazaban con gestos de la más detonante agresividad, actitud que se prolongó durante las tres horas de su cruentísima agonía. Y, si aquella infernal canalla humana, ante los infinitos sufrimientos de su Dios y Creador, se manifestaba más embotada e insensible que las mismas piedras, no reaccionó así la naturaleza, que se vio notablemente resentida y trastocada; hasta el punto que fue mermándose su vitalidad a la vez que se extinguía la vida del Verbo Divino Humanado en su larga agonía de la Cruz. En el momento en que la Cruz, con estruendoso golpe, quedaba asentada en el hueco del Calvario, el sol, que brillaba con su vital magnificencia al ser el mediodía, perdió de improviso gran parte de su natural luminosidad en medio de un cielo completamente despejado; por lo que se podía contemplar sin molestia el disco solar oscurecido, no sólo en Jerusalén, sino en todas las partes de la Tierra en donde el sol lucía; ya que, en donde no lucía o era de noche, hubo otras portentosas señales de tinieblas. Durante las tres horas de

agonía, el oscurecimiento del sol no impedía la visibilidad de las cosas hasta el momento en que Cristo expiró, en que las tinieblas fueron totales. He aquí, que no se trataba de eclipse alguno, ni de velación por acumulación de nubes, sino de un fenómeno sobrenatural y milagroso. A la vez, se oscurecieron todos los cuerpos celestes; y los animales, los vegetales y los minerales del Universo, quedaron notablemente debilitados. Las tinieblas fueron, pues, progresivamente aumentando hasta su máximo grado, según el curso y la intensidad del proceso agónico del Creador del Universo, pendiente de la Cruz.

2. El pueblo impío que se hallaba en el Calvario, miraba a Jesús con inusitado desprecio. Y tanto aquella cruel muchedumbre, como los Pontífices Anás y Caifás, y los miembros del Sanedrín, lanzaban imprecaciones contra el Nazareno, diciendo: *«A otros hizo salvos y a Sí mismo no se puede salvar; sálvese ahora a Sí mismo, si Éste es el Cristo, el Escogido de Dios»*. Y, con suma ironía, agregaban: *«Si Él es el Cristo, el Rey de Israel, descienda ahora de la Cruz, para que lo veamos y creamos. Confió en Dios, libréle ahora, si le ama; pues dijo: ‘Soy el Hijo de Dios’»*. Y los muchos que pasaban por el Calvario, ya que continuamente iban y venían al lugar de los hechos, blasfemaban de Jesús moviendo con burla sus cabezas, y diciendo: *«¡Ah Tú, el que destruyes el Templo de Dios y lo reedificas en tres días, sálvate a Ti mismo! Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz»*. Con estas frases hirientes y blasfemas, y con otras no menos crueles, en medio de un jolgorio impresionante, el Sanedrín en pleno, presidido por los inicuos Pontífices Caifás y Anás, pretendía rematar su tan ansiado desprestigio de Jesús, para que, de las mentes de los allí congregados, se borrara cualquier secreta convicción de que Él era el Hijo de Dios. A pesar de la postura infamadora de ellos contra el Divinísimo e indefenso Reo, no pocos peregrinos que hasta entonces habían estado ajenos a los hechos, pudieron contrastar con gran asombro la serenísima paciencia de Jesús clavado en la Cruz, con la actitud desenfrenadamente malvada de aquellos Pontífices y sanedritas en total desacuerdo con su dignidad jerárquica y misión sacerdotal. Por eso, Cristo, en la Cruz, fue piedra de choque; ya que, a la vez que aquella ingente masa del Pueblo Judío le rechazaba con los mayores improperios, hubo peregrinos, e incluso algunos de Jerusalén, que llegaron a sentir compasión por el Divinísimo Ajusticiado, y hasta le proclamaron justo.

3. Entre los romanos existía la costumbre de que, cuando se llevaba a cabo un ajusticiamiento, los soldados que actuaban como verdugos tenían el derecho al botín sobre las prendas de los reos. Como intuyesen los cuatro principales verdugos encargados de la crucifixión, que las prendas usadas por Cristo podrían ser vendidas a buen precio a alguno de los destacados amigos del famoso Nazareno, se cuidaron muy bien de exigir la correspondiente parte del botín. El reparto de las vestiduras de Jesús fue de

su túnica inconsútil y de la capa o manto. La túnica, con su cinturón, era de color marrón; la capa que le había sido arrebatada en el Monte de los Olivos al ser prendido, y luego había sido traída al Calvario por uno de los soldados, era de color crema. Aquellos que habían crucificado a Jesús, y que sentados hacían ahora la guardia, cogieron, pues, sus vestiduras, y en lo que se refiere a la capa, hicieron cuatro partes, tomando una cada soldado; mas, en lo que se refiere a la túnica, como no tenía costura, ya que era toda tejida desde arriba, dijeron unos a otros: «*No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, a ver de quién será*». Y así lo hicieron, cumpliéndose lo profetizado por David en sus Salmos: «*Se repartieron mis vestiduras y sobre mi túnica echaron suerte*». En cuanto a las sandalias, que le fueron quitadas antes de la Flagelación, quedaron providencialmente en el Pretorio y las guardó Claudia Prócula como preciosísima reliquia. Los otros verdugos que intervinieron en la crucifixión, se repartieron las prendas personales de los dos ladrones Dimas y Gestas. Tanto las cuatro piezas en que fue fraccionada la capa de Cristo, así como su túnica inconsútil con el cinturón, fueron, tras la muerte de Él, adquiridas a los soldados por José de Arimatea mediante el precio convenido.

Capítulo XXV

Las tres horas de Agonía y las Siete Palabras de Cristo en la Cruz. La majestuosa Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Consumación del desposorio de Cristo con la Cruz Redentora

1. Y mientras aquellos malvados le vituperaban con horribles blasfemias, Jesús decía: «*Padre, perdónales porque no saben lo que hacen*»; palabras que Él pronunció a las 12,17h. de aquel mediodía del Viernes Santo. Jesús disculpó a sus enemigos por ignorancia porque, aun sabiendo ellos que Él era el Hijo de Dios y conociendo la malicia del pecado que cometían matándole, jamás podrían valorar todo el alcance de esa malicia. Y Jesús, clemente y misericordioso, veía en esta limitación humana un motivo para excusarles de ignorancia ante el Padre.

2. También, Dimas y Gestas, los dos ladrones que estaban crucificados con Él, le insultaban. Y cuando Dimas oyó que Jesús pedía perdón al Padre por sus enemigos, se sintió profundamente conmovido por los sufrimientos de Él, y se arrepintió. Mas, Gestas, el otro de los ladrones que estaban colgados, le seguía injuriando con estas palabras: «*Si Tú eres el Cristo, sálvate a Ti mismo y a nosotros*». Entonces, Dimas, el Buen Ladrón, reprendió a su compañero diciendo: «*¿Ni aun tú temes a Dios, estando en el mismo suplicio? Pues nosotros en él estamos justamente por nuestra culpa, porque recibimos lo que merecen nuestras obras; mas, Éste ningún mal ha hecho*». Dimas, a la vez que reconocía sus pecados, imploraba la divina misericordia, pues decía a Jesús: «*Señor, acuérdate de mí cuando te halles en tu Reino*»; cuya súplica fue oída con magnanimidad, ya que Jesús le dijo: «*En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso*». Estas palabras fueron

pronunciadas por Jesús a las 12,30h. Mientras Dimas, pues, alcanzaba la salvación, Gestas, menospreciando la Gracia, se condenaba.

3. Jesús dijo a su Madre: «*Mujer, he aquí a tu hijo*», refiriéndose al Apóstol Juan; y con estas palabras entregó oficialmente a su misma Madre como Madre de la Iglesia. Después Jesús dijo al Apóstol: «*He aquí a tu Madre*»; y Juan la recibió, en nombre de todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, como Madre de la Iglesia. Estas palabras las pronunció Jesús a la 1,00h. de la tarde de aquel Viernes Santo.

4. A medida que avanzaba la dolorosa agonía de Jesús, era más ignominiosa y penosa la sunción de su amarguísimo Cáliz; hasta el punto que su Divinísima Alma, en su estado pasible, al tener velada en parte la ciencia infusa, se sintió incluso abandonada del Padre. Y en medio de aquel sentimiento de la más terrible orfandad, a las 2,46h. de la tarde de aquel Viernes Santo, clamó Jesús con gran voz, diciendo: «*Eli, Eli, lamma sabachthani?*», esto es: «*Dios mío, Dios mío, mírame, ¿por qué me has abandonado?*», sin que Él recibiera respuesta alguna de su Padre. Y algunos de los que allí estaban, cuando oyeron esto, decían con malicia satánica: «*A Elías llama Éste*»; lo cual fue idea principalmente de Anás y Caifás, para desvirtuar el verdadero sentido de las palabras de Jesús ante la muchedumbre. La Divina María, compartiendo el abandono de su Divino Hijo, al igual que Él, preguntó al Eterno Padre: «*¿Por qué me has abandonado?*» Y tampoco recibió respuesta.

5. Jesús, en medio de aquellos crueles tormentos, se ofreció al Padre por la salvación de las almas en el máximo grado de inmolación espiritual; y si bien sintió devoradora sed corporal, mucho más ardiente era su sed espiritual de almas, ya que moría anhelando vivamente la salvación de toda la humanidad, aunque muchos se condenarían por falta de correspondencia. Por eso, sabiendo Jesús que todas las cosas eran ya cumplidas, ya que no cabía en Él mayor caudal de Ofertorio, a las 2,53h. de la tarde, dijo: «*Tengo sed*». Y así se cumplía lo profetizado en las Escrituras: «*Y me dieron hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre*». La Divina María, compartiendo la sed de su Divino Hijo, dijo también al mismo tiempo que Él: «*Tengo sed*». Mas, al oír los verdugos que Jesús tenía sed, como había allí un vaso lleno de vinagre y otro recipiente con hiel, corriendo uno de ellos, tomó una esponja y la empapó en vinagre y en hiel, y la puso sobre la punta de su lanza, y aplicándola a la boca de Jesús, le daba así de beber, a la vez que todos le escarnecían diciendo: «*Si eres Rey de los judíos, sálvate a Ti mismo*». Y también, muchos del pueblo decían: «*Dejad, veamos si viene Elías a liberarle*».

6. Después que Jesús, en su vehementísimo deseo de mayores sufrimientos, probó la amarga bebida que le ofrecían los verdugos, con majestuosa solemnidad proclamó la inminencia de su Muerte, diciendo: «*Todo está consumado*».

7. Ocho segundos después de que Jesús pronunciara las anteriores palabras, elevando al cielo su soberanísimo y serenísimo Rostro, con una gran voz, dijo: «*Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu*». Y seguidamente, clamó de nuevo con un grito de muerte, resonante y estremecedor, inclinó la Cabeza y expiró a las 3h. de la tarde de aquel salvífico Viernes Santo 25 de marzo del año 34. En el momento de expirar, el sol se oscureció totalmente; y, durante ocho segundos, la Tierra, así como todo el Universo, quedó sumida en las más absolutas tinieblas.

8. Todo el Universo expectante y, al mismo tiempo, toda la Tierra envuelta en tinieblas, oyeron las palabras de Cristo: «*Todo está consumado. Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu*». Y también, resonó en todo el Universo el grito de Cristo en el momento que iba a expirar. Este último grito fue el sublime acto de consumación del desposorio de Cristo con la Cruz; o sea, su Majestuosa Muerte, con la cual reparaba al Padre Eterno y redimía a los hombres.

9. La Divina María tuvo, en el momento de expirar Jesús, la primera manifestación de su Muerte Espiritual en el Calvario, que era la que correspondía a su maternal participación cruenta en la muerte de su Divino Hijo, en virtud de la misteriosa y perfectísima compenetración existente entre ambos. Esta primera fase de la Muerte Espiritual de María, consistió en quedar privada, durante siete segundos, de todo gozo sobrenatural y humano, en el estado pasible de su Alma y de su Cuerpo accidental, siendo el mayor padecimiento hasta entonces sentido por Ella.

Capítulo XXVI

Otros prodigios con motivo de la muerte de Cristo

1. Al expirar Cristo, entre otras manifestaciones de la Ira de Dios, sucedió: Que el gran velo o cortina que cubría el lugar Santo de los Santos del Templo de Jerusalén, se rasgó en dos partes de arriba abajo; las imágenes de la Santísima Trinidad que coronaban el techo del lugar Santo de los Santos, cayeron derribadas en tierra; el Fuego Sagrado interno y el Fuego Sagrado externo se extinguieron. Todo lo cual fue señal de que el Templo de Dios en Jerusalén había perdido su carácter sagrado. También tembló la tierra, y se agrietaron las piedras mediante un terremoto de tal magnitud, que el Universo entero se trastocó muy sensiblemente; y, además, se abrieron los sepulcros, quedando visibles muchos de los cuerpos accidentales de santos que habían muerto; a la vez que resucitaban sus cuerpos esenciales.

2. Mas, el centurión, llamado Abenadar, que se hallaba enfrente de la Cruz, y que había visto cómo Jesús agonizaba y moría con dulce y heroica paciencia, cuando ahora vio el terremoto y las cosas que pasaban, lleno de santo temor, cayó arrodillado delante de la Cruz, y arrepentido de sus pecados glorificó a Dios, diciendo: «*Verdaderamente este Hombre era justo, verdaderamente este Hombre era el Hijo de Dios*». Y también, otros soldados que estaban con él, visto el terremoto y demás prodigios, tuvieron

gran miedo, y decían: «*Verdaderamente Éste era el Hijo de Dios*». Y muchos del gentío que asistía a este espectáculo y veía lo que pasaba, se volvían dándose golpes de pecho y con otros signos de remordimiento, sin que por eso sintiesen verdadera contrición de sus pecados; salvo algunos que, por sus mejores disposiciones, se convirtieron. El Centurión Abenadar y seis soldados de su centuria se hicieron después discípulos de Cristo.

3. Como viesan Caifás y Anás el pasmo de la muchedumbre, incluso la favorable inclinación de no pocos a favor de la causa del Mesías, abandonaron el Calvario a las 3,25h. de la tarde, ya que intuían que, por entonces, serían inútiles sus contrarios argumentos ante la evidente sobrenaturalidad de los prodigios; y lo mismo hicieron la mayoría de los componentes del Sanedrín.

Capítulo XXVII

Los soldados, a instancia de Caifás y Anás, pretenden quebrar las piernas de Cristo

1. Aun después de la muerte de Jesús, los Pontífices Caifás y Anás siguieron manifestando su saña contra Él; pues, entre otras cosas, pretendieron ahora encubrir su muerte, diciendo que estaba todavía vivo; y así desvirtuar ante el pueblo los fenómenos milagrosos ocurridos, atribuyéndolos a la magia y hechicerías del Crucificado; y no a la virtud de su poder infinito.

2. Era costumbre de los romanos el quebrar las piernas a los que crucificaban cuando tardaban en morir, y así acelerar su muerte. Y al ser ese viernes 25 de marzo la Parasceve o preparación de la solemnidad de la Pascua, que se celebraría al día siguiente, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado, porque era aquel el gran día de sábado, Caifás y Anás enviaron a Pilato varios sanedritas para pedirle que les quebrasen las piernas a los tres crucificados, a fin de que fuesen quitados sus cuerpos de la cruz y se les diese sepultura antes de las 6h. de la tarde de aquel viernes en que comenzaba el sábado judío; porque, después ya no sería posible hacerlo por el descanso sabático. Ambos inicuos Pontífices habían dicho a Pilato que Jesús no había muerto.

3. Vinieron, pues, los soldados, y quebraron las piernas de los dos ladrones que habían sido crucificados con el Señor. Mas, cuando fueron a Jesús, viéndole ya muerto, no le quebrantaron las piernas. De esta manera se cumplía lo vaticinado en los Salmos de David acerca del Mesías: «*Guarda el Señor todos sus huesos, no será quebrantado ni uno solo*».

Capítulo XXVIII

El Costado derecho de Cristo es traspasado por la lanza de Longinos

1. El que los soldados no quebrasen las piernas de Jesús, irritó sobremanera a algunos de los miembros del Sanedrín que aún estaban en el Calvario; por lo que sobornaron a uno de los soldados a caballo, llamado Casio, para que

traspasase con su lanza el Deífico Costado, y así aparentar que aquello era el golpe de muerte.

2. A las 4h. de la tarde de aquel viernes 25 de marzo del año 34, el soldado Casio abrió el Costado derecho de Jesús con una lanza, que atravesó su Corazón, saliendo de él la última Gota de Sangre que le quedaba; y, además, salió Agua, la cual era el Espíritu Santo que, manifestado bajo esa forma, se derramaba en la Deífica Sangre. Ambos misterios, Sangre y Agua, sólo fueron vistos por la Divina María y el Apóstol Juan.

3. Con la lanzada del Costado derecho de Jesús, se cumplió lo vaticinado por el Profeta Zacarías, revelado por el Santísimo Melquisedec a él: «y pondrán sus ojos en Mí, a quien traspasaron». El soldado Casio, que era tuerto, en el instante que traspasó el Costado de Jesús y recibió en su ojo la Gota de Sangre salida del Costado de Cristo, recuperó la vista de ese ojo, a la vez que su alma fue iluminada por la Fe evangélica; por lo que, de súbito, se bajó del caballo y, arrodillado delante de la Cruz, con perfecta contrición de sus pecados, confesó que Jesús era verdaderamente el Hijo de Dios. Después, al ser bautizado, recibió el nombre de Longinos.

Capítulo XXIX

Segunda fase de la Muerte Espiritual de María al pie de la Cruz

1. En el mismo instante en que el Deífico Corazón de Cristo era traspasado por la lanza de Longinos, quedó cruenta y místicamente traspasado el Inmaculado Corazón de María; lo cual conllevó para Ella la Muerte Espiritual que le correspondía como Covíctima del Calvario, al quedar privada, en todo su ser, de la visión beatífica durante siete segundos; siendo éste el mayor sufrimiento que María tuvo durante su vida en la Tierra. Y también, en el instante de la lanzada, fue traspasado místicamente el corazón del Apóstol Juan, lo cual fue su muerte mística.

2. A las 4h. en punto de la tarde de aquel Viernes Santo 25 de marzo del año 34, nació pues la Iglesia de los Corazones de Jesús, María y el Apóstol Juan, traspasados al mismo tiempo.

3. La Muerte Espiritual de María al pie de la Cruz implicó para Ella su dolorosísimo Parto de la Iglesia.

Capítulo XXX

José de Arimatea pide a Pilato que le entregue el Deífico Cuerpo de Cristo para darle sepultura

1. Los discípulos ocultos Nicodemo, José de Arimatea y Gamaliel, que se hallaban en el Calvario, tras la Muerte de Jesús consultaron con su Divina Madre la manera de dar digna sepultura al Deífico Cuerpo de su Hijo.

2. A las 4,04h. de la tarde de aquel Viernes Santo 25 de marzo del año 34, José de Arimatea, acompañado de Nicodemo, fue desde el Calvario para Jerusalén; y, valientemente, pidió a Pilato el Cuerpo de Jesús para darle sepultura antes de la 6h. de la tarde, en que comenzaba el sábado judío. Ellos

dijeron a Pilato que Jesús había muerto a las 3h. de la tarde. Y Pilato se sorprendió de que tan pronto hubiese muerto, ya que el informe que él había recibido de Caifás y Anás era de que, después de esa hora, aún vivía. Ante tal discrepancia, Pilato mandó llamar al centurión que hacía la custodia en el Calvario, para preguntarle si Jesús era ya muerto. Poncio Pilato, cuando supo del centurión que Jesús había muerto a las 3h. de la tarde, mandó que le diese el Cuerpo a José de Arimatea; con lo cual daba permiso para que le sepultase.

3. José de Arimatea compró en Jerusalén una sábana de lino, con el fin de envolver en ella el Deífico Cuerpo de Cristo para darle sepultura. Y Nicodemo adquirió unas cien libras de mirra y de áloe para el mismo fin.

4. Mientras tanto, la Divina María envió desde el Calvario al Cenáculo de Jerusalén, para que allí permaneciesen en oración a los Apóstoles con excepción de Juan, a la mayoría de los discípulos y a las piadosas mujeres, con excepción de María Cleofás, María Salomé, María Magdalena y Marta. Esta fue una medida prudentísima al ver el peligro espiritual que corrían, dadas la pena y la confusión que les causaba el aparente fracaso de Jesús al dejarse matar por sus enemigos; y porque, además, temían las represalias que podrían sufrir, ya que, al ir despejándose de gente el Calvario, quedaban más visibles. Todos ellos, pues, partieron para Jerusalén a las 4,30h. de la tarde.

5. Una vez que volvieron al Calvario José de Arimatea y Nicodemo, se procedió a la bajada de la Cruz del Cuerpo de Jesús; interviniendo también, en esta delicada misión, el Apóstol Juan, Gamaliel, Lázaro y otros seguidores. Cuando trataban de descenderlo, milagrosamente los brazos y los pies se desprendieron de los clavos, quedando estos fijos en la Cruz.

6. A las 5h. en punto de la tarde, el Cuerpo muerto de Jesús fue quitado de la Cruz, y directamente recostado en el amorosísimo regazo de su Divina Madre, estando Ella sentada y teniendo a su derecha a María Cleofás y a su izquierda a María Salomé. La Divina María quitó de la Cabeza de su Divino Hijo la Corona de espinas.

Capítulo XXXI

El santo entierro de Nuestro Señor Jesucristo

1. Una vez que la Divina María ofreció en su regazo, al Padre Eterno, a su Divino Hijo muerto, Nicodemo, con un lazo o venda ató la Sacratísima Cabeza de Jesús desde la mandíbula inferior al cráneo, con el fin de mantener cerrada la sagrada boca; y seguidamente, la Dolorosísima Madre, con un pañolón o velo, cubrió la Santa Faz de su Hijo para el traslado del Calvario al Santo Sepulcro, con el fin de ocultar a la vista de los que allí estaban la horrible desfiguración de tan bello y dulce Rostro.

2. A las 5,14h. de la tarde de aquel 25 de marzo del año 34, el Apóstol Juan, los discípulos José de Arimatea, Nicodemo y Gamaliel y otros seguidores, entre ellos Sidonio, tomaron del regazo de María el Cuerpo exánime de Jesús, y lo colocaron en la sábana que habían usado para el descenso de la Cruz. De esta manera lo bajaron de la roca del Calvario hasta la gruta del

sepulcro; ya que, cerca de aquel lugar en donde Jesús fue crucificado, había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo en el que aún nadie había sido depositado, propiedad de José de Arimatea, que, tiempo atrás, lo había hecho abrir para sí mismo en una peña.

3. Antes de que depositaran el Deífico Cuerpo en la cámara mortuoria, lo despojaron de la sábana usada para el traslado, y lo colocaron sobre otra sábana limpia, conocida como Sábana Santa, siendo entonces ungido profusamente con bálsamo de áloe y mirra, como los judíos acostumbraban sepultar. Y, ya tapado con la sábana, los dos varones José de Arimatea y Nicodemo, inspirados por el Espíritu Santo, con los debidos respetos y prudencias, quitaron el paño de honestidad que cubría las partes privadas del Deífico Cuerpo muerto de Cristo.

4. A las 5,45h. de la tarde, el Apóstol Juan, José de Arimatea y Nicodemo, depositaron el Cuerpo de Jesús en la cámara mortuoria del sepulcro, quedando la cabeza al fondo, y los pies hacia la puerta. La ceremonia fue en presencia de la Divina María, de sus hermanas, así como de María Magdalena y Marta, que estaban en el vestíbulo del sepulcro, enfrente de la cámara mortuoria, viendo cómo era depositado el Sagrado Cuerpo. Tras ser Éste depositado, la Divina María y los demás presentes, le adoraron.

5. A las 6h. en punto de la tarde de aquel viernes 25 de marzo del año 34, en que comenzaba el sábado judío, el Santo Sepulcro quedó cerrado al ser colocada una gran losa a la entrada del mismo. Seguidamente, la Divina María y los que con Ella estaban, retornaron al Cenáculo de Jerusalén, en donde celebraron todos, en oración y adoración al Santísimo Sacramento, la solemnidad del sábado, día establecido en el Decálogo promulgado por Moisés.

6. La Santísima Virgen María, a la vez que estaba físicamente en el Cenáculo, se hallaba místicamente sepultada con su Hijo muerto en el Santo Sepulcro.

Capítulo XXXII

Caifás y Anás piden a Pilato que mande guardias al sepulcro

Y al otro día, sábado 26 de marzo del año 34, una vez que amaneció, los Pontífices Caifás y Anás, rompiendo el descanso sabático, mandaron a Pilato una comisión de sanedritas, para decirle: *«Señor, nos acordamos que aquel impostor llamado Jesús, cuando todavía estaba en vida, dijo: ‘Después de tres días resucitaré’. Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos, roben su Cuerpo y digan a la plebe: ‘Resucitó de entre los muertos’; y sería un engaño aun mayor que el haberse Él proclamado Hijo de Dios»*. Pilato les dijo: *«Aquí tenéis guardas. Id y guardadlo como sabéis»*; poniendo a su disposición doce soldados debidamente uniformados. Y los sanedritas fueron al sepulcro; y, para asegurarlo, sellaron la piedra, y lo dejaron bajo la custodia de los guardas romanos.

Capítulo XXXIII

Cinco de las piadosas mujeres van al sepulcro

1. Aquel sábado 26 de marzo del año 34, poco después de las 6h. de la tarde, ya pasado el descanso sabático, María Cleofás, María Salomé, María Magdalena y Marta, salieron del Cenáculo para comprar aromas y ungüentos en la ciudad, con el fin de ir a derramarlos sobre el Cuerpo yacente de Jesús, cumpliéndose así lo escrito en el Libro de Enoc, y después vaticinado por el Profeta Elías: *«Mujeres de gran piedad y alta contemplación, llevadas de una santa locura, prepararán un preciadísimo perfume compuesto de aromas y ungüentos y pretenderán derramarlo sobre la sábana que estará envolviendo el Cuerpo yacente del Mesías. Esta santa osadía convertirá a tales mujeres en trompetas proclamadoras de la Resurrección del Cristo de Dios».*

2. Al día siguiente, Domingo 27 de marzo, primer día de la semana, María Cleofás, María Salomé, María Magdalena y Marta, así como Juana Cusa, fueron muy de mañana al sepulcro, ya que salieron del Cenáculo a las 5,30h. de la madrugada, cuando había cierta oscuridad, llevando los aromas y ungüentos que habían preparado. Por el camino, se decían entre sí: *«¿Quién nos quitará la losa de la puerta del sepulcro?»*, porque era muy grande. Mas, estas cavilaciones, se vieron de súbito cortadas por un gran terremoto sucedido a las 6h. en punto de la mañana, que era cuando amanecía aquel Domingo 27 de marzo, hora en que resucitaba Nuestro Señor Jesucristo.

3. Cuando las cinco piadosas mujeres llegaron al sepulcro, ya había salido el sol. Y fijándose, hallaron quitada la losa que lo cubría, pues Jesús había ya resucitado.

Capítulo XXXIV

La gloriosa Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo

1. A las 6h. de la mañana de aquel Domingo 27 de marzo del año 34, el Alma Divinísima del Señor descendió del Cielo, y con su plenitud de gloria bajó al sepulcro y se unió al Deífico Cadáver, al mismo tiempo que también se unían las sacratísimas partículas de Carne desprendidas de Él y la Deífica Sangre derramada; obrándose entonces la gloriosa Resurrección del Deífico Cuerpo de Jesús; Quien, en el mismo instante, con el aspecto y la agilidad como de un relámpago y con celestiales vestiduras blancas como la nieve, atravesó la piedra que cerraba la entrada de la gruta; sucediendo entonces un gran terremoto, con intensísimo estruendo, que causó temor, admiración y asombro a los doce guardas que custodiaban el sepulcro; ya que estos vieron a Jesús gloriosamente resucitado un instante después de que Él resucitara y traspasara la piedra. En el mismo momento en que la Divinísima Alma de Cristo, en forma de Fuego intensísimo y luminosísimo, había entrado en su Deífico Cuerpo, quedó Éste milagrosamente impreso en la Sábana Santa en que se hallaba envuelto.

2. Mas, un instante antes de que Jesús resucitara y traspasara la piedra que tapaba el sepulcro, había llegado a la puerta del mismo el Profeta y Legislador Moisés, con aspecto de ángel, para ser testigo presencial de la Resurrección; después de la cual, quitando luego la piedra, se sentó sobre ella. La visión de Cristo Resucitado, el fuerte terremoto y la presencia súbita de Moisés con aspecto de ángel, produjeron tal asombro y temor en los doce soldados, que en la huida cayeron en tierra como muertos, permaneciendo un buen tiempo inconscientes.

3. Mientras los doce guardas se hallaban en tierra sin conocimiento y un tanto esparcidos, siendo ya las 6,07h. de la mañana, fue cuando llegaron a la puerta del sepulcro María Cleofás, María Salomé, María Magdalena, Marta y Juana Cusa, viendo separada la piedra que lo cubría, y sobre ella sentado un mancebo con aspecto de ángel, que era Moisés. Éste, tomando la palabra, dijo a las mujeres: *«No tengáis miedo vosotras, porque sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, porque ha resucitado, como dijo. Venid, y ved el lugar donde había sido puesto el Señor. E id luego y decid a sus Apóstoles y discípulos que ha resucitado. Y he aquí que irá delante de vosotros a Galilea, en donde le veréis, como ya os lo avisó de antemano»*.

4. Tras las palabras de Moisés, las cinco piadosas mujeres entraron en la gruta, y no hallaron el Cuerpo de Jesús. Y aconteció que, estando consternadas por esto, vieron con gran asombro dos varones con aspecto de ángeles que estaban junto a ellas con vestiduras blancas resplandecientes. Uno de los mancebos, que era el Profeta Elías, estaba sentado a la derecha de la cabecera del sepulcro, y el otro, que era el Profeta Enoc, a los pies del mismo. Ambos habían venido con el Profeta Moisés, acompañando a la Divinísima Alma de Cristo, para ser testigos presenciales de la resurrección. Elías les dijo: *«No os asustéis. Sé que buscáis a Jesús Nazareno, el que fue crucificado; mas, ha resucitado, no está aquí; ved aquí el lugar en donde le pusieron. Id y decid a Pedro y los demás Apóstoles, que va delante de vosotros a Galilea, en donde le veréis, como os dijo»*.

5. Y como estuviesen medrosas, y bajasen el rostro a tierra, Enoc les dijo: *«¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, mas ha resucitado. Acordaos de lo que os habló estando aún en Galilea, diciendo: ‘El Hijo del Hombre será entregado en manos de los hombres, y le matarán; y después de muerto, resucitará al tercer día’*». Entonces ellas se acordaron de las palabras que Jesús les había dicho tiempo atrás. Aunque las cinco piadosas mujeres habían oído el testimonio de los tres varones de que Cristo había resucitado, María Magdalena no lo entendió en su verdadero alcance, debido a la aflicción que embargaba su alma por la ausencia del Cuerpo de Jesús, por lo que creyó primero que lo habían robado.

6. El que los Profetas Moisés y Elías dijeran a las piadosas mujeres que Jesús iría a Galilea delante de los Apóstoles y discípulos, en donde le verían, fue para resaltar que, en aquella región, es donde Él se reuniría con ellos más

frecuentemente y conferiría el Primado a Pedro. Pues, antes de que fueran a Galilea, todos ellos verían a Jesús resucitado.

Capítulo XXXV

La Divina María contempla la Resurrección de Cristo. Después, Él se aparece a su Santísima Madre

1. A las 6h. en punto de la mañana de aquel Domingo 27 de marzo del año 34, y por lo tanto, en el mismo instante en que Jesús resucitaba, la Divina María, con inenarrable gozo, contempló mediante visión beatífica y también con los ojos corporales, la gloriosa Resurrección de su Divino Hijo, estando Ella dentro del sepulcro y al mismo tiempo en el Cenáculo. Así pues, María Santísima fue la primera que contempló la gloriosa Resurrección de Jesús. También, Ella, mediante su resurrección mística, compartió la Resurrección de su Divino Hijo.

2. Además de que María Santísima presenciara la Resurrección de Cristo en el mismo instante en que ésta se obraba, Él se apareció a su Madre en el Cenáculo inmediatamente después de resucitar y de que le vieran los doce guardas del sepulcro; siendo, pues, Ella la primera que recibió la visita de su Divino Hijo resucitado.

Capítulo XXXVI

La resurrección de muchos cuerpos accidentales

Un instante después de la Resurrección de Jesús, resucitaron el cuerpo accidental del Santísimo José y los de todos aquellos santos que, a la muerte de Cristo, habían sido privilegiados con la resurrección de sus cuerpos esenciales. Los cuerpos accidentales, una vez unidos a sus almas y cuerpos esenciales, salieron de los sepulcros, y estos santos se aparecieron a muchos en la ciudad de Jerusalén, dando incluso testimonio verbal de que Jesús había resucitado.

Capítulo XXXVII

Las piadosas mujeres comunican a los Apóstoles y demás del Cenáculo la Resurrección de Cristo

1. María Cleofás, María Salomé, María Magdalena, Marta y Juana Cusa, inundadas de gozo y a la vez profundamente sorprendidas por los extraños acontecimientos relacionados con la Resurrección de Cristo, no pudieron reaccionar con la adecuada serenidad; por lo que salieron aprisa del sepulcro para contar todo esto a los once Apóstoles y a los demás que estaban en el Cenáculo. Y en el camino, a nadie dijeron nada porque tenían miedo que las tomasen por locas.

2. Y como María Magdalena, en su irresistible impulso de dar la novedad a los Apóstoles, fue la primera que llegó al Cenáculo, dijo de sopetón a Pedro y Juan: «*Han quitado al Señor del sepulcro, y no sabemos en dónde le han puesto*». Inmediatamente después, llegaron al Cenáculo las otras cuatro piadosas mujeres, refiriendo a ambos Apóstoles, y a todos los demás, que

Jesús había resucitado, como les había sido dicho por los tres Profetas que ellas creían eran ángeles.

3. Mas, tanto a los once Apóstoles, como a otros muchos, les cayó tan de sorpresa la noticia, que no creyeron en las palabras de las mujeres al tomarlas como alucinadas; pues, si bien ellos no dudaban de que Jesús iba a resucitar, aún no habían transcurrido los tres días conforme interpretaban lo vaticinado por Él acerca de su Resurrección. Además, los once Apóstoles esperaban que el Señor, cuando resucitara, se les manifestase primero a ellos.

Capítulo XXXVIII

Los Apóstoles Pedro y Juan van al sepulcro

1. Lo referido por María Magdalena de que habían quitado el Cuerpo de Jesús, y el testimonio de las cuatro mujeres de que había resucitado, desconcertaron tanto a los Apóstoles que, poco después de las 6,30h. de la mañana de aquel Domingo 27 de marzo del año 34, Pedro, acompañado de Juan, salió de prisa hacia el sepulcro, y tras ellos María Magdalena, aunque más retrasada. Y corrían juntos los dos Apóstoles. Mas, Juan, que conocía mejor el lugar, se adelantó corriendo más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Y dentro del vestíbulo del mismo, habiéndose agachado delante del hueco que comunicaba a la cámara mortuoria, vio la Sábana Santa doblada en dos partes, con que habían envuelto el Cuerpo de Jesús; mas, no quiso penetrar primero en la cámara por deferencia a Pedro, Príncipe de los Apóstoles.

2. Llegó, pues, Pedro, que venía siguiendo al otro Apóstol; y agachándose delante del hueco de entrada de la cámara sepulcral, vio la Sábana Santa doblada en dos partes; y también vio el pañolón o velo que Jesús había tenido sobre su Cabeza, que no estaba puesto con la Sábana, sino doblado en un lugar aparte, como lo había dejado José de Arimatea cuando lo quitó de la Cabeza del Señor. Y también se hallaba allí, caído adonde habían estado los pies de Jesús yacente, el lazo o venda que había mantenido cerrada la Sagrada Boca. Al mirar Pedro por el hueco de la entrada, de pronto, milagrosamente, la Sábana Santa resplandeció con diáfana y gloriosa transparencia. Entonces, el Príncipe de los Apóstoles entró en la cámara mortuoria del sepulcro y contempló maravillado que el Deífico Cuerpo de Jesús había quedado impreso en la sábana, por lo que creyó que Él había resucitado. Tras Pedro, entró también el Apóstol Juan y vio el mismo prodigio, creyendo también éste en la Resurrección. Ambos Apóstoles recogieron la Sábana Santa y demás paños; y, admirados dentro de sí por lo sucedido, se volvieron al Cenáculo, llegando alrededor de las 7h. de la mañana.

3. Cuando Pedro y Juan llegaron al Cenáculo, manifestaron que Jesús había resucitado; cuyo testimonio ellos probaban mostrando la Sábana Santa con la milagrosa impresión del Deífico Cuerpo, aunque dicho lienzo ya no estaba iluminado. Los Apóstoles Santiago el Mayor y Andrés creyeron entonces en

la Resurrección de Jesús, así como algunos discípulos y en general todas las piadosas mujeres; mas, no lo creyeron los demás Apóstoles, ni el resto de los discípulos. Y era tal el desconcierto, que unos disputaban con otros, y no pocas de las piadosas mujeres derramaban abundantes lágrimas. Y la única que podía confirmarles la verdad, era la Divina María; mas, no estaba en el plan divino que, sin ser requerida, interviniese Ella por entonces directamente, al hallarse recogida en la contemplación de Dios y compartiendo con gozo indecible la Resurrección gloriosa de su Divino Hijo.

Capítulo XXXIX

Cristo se aparece a María Magdalena

1. Cuando salían Pedro y Juan del sepulcro, vieron fuera, en la puerta, a María Magdalena, que estaba llorando, la cual les había seguido por el camino. Al irse los Apóstoles, ella se agachó, y por el hueco de entrada a la cámara mortuoria, miró hacia el interior y vio de nuevo a los dos Profetas Elías y Enoc, vestidos de blanco, con apariencia angélica, y que estaban sentados en donde había sido depositado el Cuerpo de Jesús, el primero, en donde estuvo la Cabeza; y el segundo, en donde estuvieron los pies.

2. Los dos profetas, que ella creía que eran ángeles, dijeron a María Magdalena: «*¿Mujer, por qué lloras?*» Ella les dijo: «*Porque se han llevado de aquí a mi Señor, y no sé dónde le han puesto*». Y cuando esto hubo dicho, se volvió a mirar atrás, y vio a un hombre que estaba en pie, mas no sabía que era Jesús, ya que Él había ocultado ciertos rasgos para no ser conocido. Por lo que, pensando ella fuera el hortelano de aquel huerto, salió súbitamente para preguntarle si sabía algo del Cuerpo del Señor. Mas, Jesús, anticipándose, dijo a María Magdalena: «*¿Mujer, por qué lloras?, ¿a quién buscas?*» Ella, creyendo que era el hortelano, le dijo: «*Si tú has quitado de aquí el Cuerpo de mi Señor, dime en dónde lo has puesto y yo me lo llevaré*»; pregunta que ella le hizo envuelta en lágrimas cubriendo el rostro con sus manos y llorando de espaldas al Señor. Mas, Jesús le dijo: «*María*». Y vuelta ella, le vio resplandeciente de gloria; por lo que, cayendo de hinojos a sus pies, a la vez que trataba de agarrarse a ellos, le dijo: «*Maestro*». Y Jesús le dijo: «*No me toques, porque aún no me he manifestado a la derecha de mi Padre a los jerarcas de la iglesia apóstata judía; mas vete adonde están mis Apóstoles y discípulos, y diles: Estoy a la derecha de mi Padre y vuestro Padre, de mi Dios y vuestro Dios*».

3. La aparición de Jesús a María Magdalena fue a las 7h. de la mañana; siendo ella, después de la Divina María, la primera a quien se apareció Cristo resucitado; y por lo tanto, antes que a los Apóstoles, los discípulos y las demás piadosas mujeres.

Capítulo XL

Cristo se aparece a Caifás, a Anás y a tres perversos Príncipes de los Sacerdotes

1. Después que el Señor dijera a María Magdalena las anteriores palabras, Jesús, sentado a la derecha de la virtud de Dios y sobre nubes, se apareció a Caifás, a Anás y a tres de los más perversos Príncipes de los Sacerdotes que estaban reunidos en la casa del primero. Y dirigiéndose a Caifás, el Señor le dijo: *«Vengo ante ti, que te arrogas la dignidad de Sumo Pontífice, a fin de que des gracias a Dios por el milagro de mi Resurrección»*.

2. A continuación se oyó la voz del Padre Eterno diciendo: *«Éste es mi Hijo muy amado en quien me complazco, glorificadle»*. A lo que respondieron Caifás, Anás y los tres Príncipes de los Sacerdotes, al unísono: *«No serviremos»*; desaprovechando ellos aquella nueva oportunidad de conversión. Y aunque Jesús ya había dado gracias al Padre Eterno en el mismo instante de su Resurrección, no se había dejado tocar todavía de María Magdalena, porque quería antes cumplir con el mero trámite del rito de presentarse ante el sacerdote, a fin de que éste diese gracias a Dios por su Resurrección; y también dar a Caifás, a Anás y a los tres Príncipes de los Sacerdotes, testimonio personal de que Él había resucitado de entre los muertos, como ellos ciertamente esperaban por tratarse del Hijo de Dios.

3. Dicho rito levítico de presentarse ante el sacerdote, ya había sido derogado por Cristo en la Última Cena; por eso, lo que Él hizo ante Caifás, Anás y los otros tres, fue un mero trámite para dar a los mismos una nueva oportunidad de conversión.

Capítulo XLI

Cristo se aparece de nuevo a María Magdalena, y a la vez a las otras cuatro piadosas mujeres.

Luego ellas, en el Cenáculo, dan testimonio de la Resurrección de Cristo

1. Nuestro Señor Jesucristo, tras su aparición a Caifás, a Anás y a los tres Príncipes de los Sacerdotes, a las 7,10h. de la mañana se apareció de nuevo, en el camino, a María Magdalena cuando ella retornaba al Cenáculo. Y también se apareció ahora a María Cleofás, María Salomé, Marta y Juana Cusa, cuando por segunda vez volvían al sepulcro; pues, Jesús les salió al encuentro, diciendo: *«Dios os guarde»*. Y ellas se acercaron a Él, y abrazándole sus pies, le adoraron; dejándose, pues, Él tocar por María Magdalena y por las otras cuatro. Entonces les dijo Jesús: *«No temáis. Id, y dad las nuevas a mis Apóstoles y discípulos para que vayan a Galilea; allí me verán»*. Ellas fueron presurosas al Cenáculo.

2. La primera en llegar al Cenáculo fue María Magdalena, a las 7,30h. de la mañana, ya que ella deseaba decir a todos los que estaban allí, que se hallaban afligidos y llorando, la nueva de que Jesús había resucitado; y así rectificar lo que había dicho antes de que habían robado el Deífico Cuerpo. María Magdalena, pues, al llegar al Cenáculo dijo: *«He visto al Señor»*; y

seguidamente les transmitió lo que para ellos le había dicho. Y poco después, llegaron las otras cuatro piadosas mujeres y dijeron que habían visto también a Jesús Resucitado. Cuando oyeron que Jesús estaba vivo y que ellas le habían visto, los que habían antes rechazado el testimonio de la Resurrección dado por Pedro y Juan, tampoco creyeron en ellas al tomarlas como alucinadas.

Capítulo XLII

Caifás y Anás sobornan a los doce guardas del sepulcro para que nieguen la Resurrección de Cristo

1. Aquel Domingo 27 de marzo del año 34, poco después de las 7,10h. de la mañana, cuando ya las cinco piadosas mujeres entraron en Jerusalén, volvieron en sí los doce guardas del sepulcro que, inconscientes, habían estado caídos en tierra. He aquí que algunos de los guardas fueron a la ciudad y dieron aviso a Caifás, a Anás y a los miembros del Sanedrín, de todo lo que había sucedido y de las grandes señales que ellos habían visto. Y ambos impíos Pontífices, aunque sabían y creían que Jesús había resucitado, sin embargo, ante los guardas del sepulcro fingieron lo contrario; tratando incluso de convencerlos, sin que lo lograran.

2. Entonces, habiéndose juntado Caifás y Anás con los miembros del Sanedrín, y tomado consejo de lo que se debería hacer, dieron una gran suma de dinero a aquellos soldados, diciendo: *«Decid que vinieron de noche los discípulos de Jesús, y hurtaron su Cuerpo mientras que vosotros estabais durmiendo. Y si esta entrega de dinero que os hacemos, llegare a oídos del Procurador Poncio Pilato, nosotros le haremos creer que no ha habido ningún soborno, y miraremos por vuestra seguridad»*. Y los guardas, tomando el dinero, lo hicieron conforme habían sido instruidos. Pero como la verdad del sobrenatural hecho se difundiera en Jerusalén por el testimonio de los muchos resucitados que se aparecían en la ciudad, la gran mayoría del Pueblo Judío tuvo certero conocimiento de la Resurrección Gloriosa de Jesús.

3. Sin embargo esta mentira de que el Cuerpo de Jesús había sido robado, se divulgó entre los judíos; quienes, en su obstinación cada vez mayor, respaldaron a Caifás, a Anás y al Sanedrín en su malicioso engaño; la cual fue transmitida de generación en generación, y aún perdura entre los judíos hasta su conversión al fin de los tiempos.

Capítulo XLIII

Cristo se aparece al Apóstol Pedro

1. Era tal el deseo que Pedro tenía de ver a su Divino Maestro que, aquella mañana del Domingo 27 de marzo del año 34, se retiró de los demás, y se fue a orar ante el Santísimo Sacramento reservado en el Cenáculo, para pedir a Jesús se le manifestase, aunque se consideraba indigno de ello; y no era porque necesitara verle para creer. Además, con el testimonio suyo de

haberle visto resucitado, podrían más fácilmente creer en su Resurrección los que aún no creían. A las 11h. en punto de la mañana, Jesús se le apareció lleno de majestad y gloria.

2. Merced al testimonio dado ahora por Pedro, la mayoría de los que aún no creían aceptaron firmemente la Resurrección de Jesús; mas, el Apóstol Tomás y algunos de los discípulos, siguieron obstinados en no creer.

Capítulo XLIV

Cristo se aparece a dos discípulos que iban a Emaús. Cristo celebra la primera Misa después de su Resurrección

1. Aquel Domingo 27 de marzo del año 34, alrededor de las 7,20h. de la mañana, y por lo tanto después que retornaran Pedro y Juan del sepulcro con la Sábana Santa, y antes de que volviesen las cinco piadosas mujeres después de haber visto y tocado a Jesús, los discípulos Lucas y Cleofás, desanimados y confusos al no aceptar los distintos testimonios de la Resurrección de Él, habían salido del Cenáculo con el fin de oír lo que por Jerusalén se comentaba; y luego encaminarse a la aldea de Emaús, que era donde había nacido Cleofás y tenía una casa. Dicha aldea distaba de Jerusalén como unos doce kilómetros.

2. Durante el camino, como los dos discípulos fuesen hablando y discurrendo acaloradamente entre sí sobre todas las cosas que habían acaecido, a las 12h. del mediodía, ya próximos a la aldea de Emaús, Jesús, que les iba siguiendo, se llegó a ellos, y caminaba en su compañía. Mas, ambos discípulos, no le conocían, pues Él no se dejó por entonces identificar. Jesús les dijo: *«¿Qué pláticas son esas, qué tratáis entre vosotros caminando, y por qué estáis tristes?»* Y respondiendo Cleofás, le dijo: *«¿Tú eres el único peregrino en Jerusalén que no te enteraste de las cosas que allí han pasado estos días?»* Él les dijo: *«¿Qué cosas?»* Y respondieron: *«De Jesús Nazareno, que fue un varón Profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo le entregaron los Pontífices y los miembros del Sanedrín a condenación de muerte, y le crucificaron. Mas, nosotros esperábamos que Él, siendo el Mesías, fuese el libertador temporal de Israel; y además de que esto no se haya cumplido, hoy, que es el tercer día que su Cuerpo fue sepultado, ni se halla en el sepulcro ni nosotros le hemos visto resucitado, cuando ya era el tiempo cumplido para que resucitase»*; pues, Cleofás y Lucas interpretaban correctamente lo vaticinado por Jesús acerca de su Resurrección.

3. Esta lamentable condición espiritual de los dos discípulos de Emaús, no implicaba en ellos una verdadera pérdida de la Fe en las verdades evangélicas, sino un oscurecimiento transitorio de las mismas, al no haber aceptado el testimonio que recibieron sobre la Resurrección del Señor. Por eso, Jesús, antes de darse a conocer, recriminándoles y a la vez haciéndoles un repaso general de lo vaticinado por los profetas y por Él mismo, les dijo: *«¡Oh necios y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han*

dicho! ¿Pues qué, no fue menester que el Cristo padeciese estas cosas, y que así entrase en su gloria?» Y comenzando Él desde Enoc, pasando por Abrahán, Moisés, David, Isaías y todos los profetas, les declaraba lo que las Escrituras hablaban acerca del Mesías.

4. Estas palabras del Maestro, aunque les causaron extrañeza al creer que venían de un peregrino, alentaron a los dos abatidos discípulos, de tal manera que, cuando Jesús, para ser rogado, aparentó proseguir su camino, le insistieron diciendo: *«Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y está ya inclinado el día»*. Y Jesús entró con ellos en la aldea de Emaús cuando eran ya cerca de las 2h. de la tarde.

5. Cuando Jesús en la casa de Cleofás estaba sentado con los dos discípulos a la mesa, después que hubiesen comido, siendo ya las 3h. de la tarde, Él celebró la Santa Misa delante de ellos, a la vez que se transfiguraba, y les dio la comunión bajo la especie de pan. Por lo que, los dos discípulos se dieron cuenta de que aquel hombre era Jesús; y Él desapareció de la vista de ellos. Y se dijeron uno a otro: *«¿Por ventura no ardía nuestro corazón dentro de nosotros cuando en el camino nos hablaba y nos explicaba las Escrituras?»*

6. Entonces, levantándose, los dos volvieron a Jerusalén para decírselo a los del Cenáculo, llegando a las 5,15h. de la tarde, en donde hallaron a los Apóstoles, y a los que estaban con ellos, que decían: *«Ha resucitado el Señor verdaderamente, y se ha aparecido a Pedro»*. Y luego ellos contaron lo que les había acontecido en el camino, y cómo habían conocido a Jesús cuando Él celebró la Santa Misa. Mas, a pesar del testimonio dado por Cleofás y Lucas, el Apóstol Tomás y algún que otro de los discípulos tampoco les creyeron a ellos de que Jesús había resucitado.

7. Y fue tal la confusión y el desconcierto de Tomás que, dejándose arrastrar de su temperamento impetuoso e irreflexivo, abandonó de inmediato el Cenáculo, en vez de acudir con humildad a la Santísima Virgen María, que oraba recogida en su aposento; pues, con el sapientísimo consejo de Ella, se le hubiesen disipado las tinieblas de su incredulidad.

Capítulo XLV

Cristo se aparece a los diez Apóstoles que estaban en el Cenáculo y a todos los demás allí congregados.

Cristo instituye el Sacramento de la Penitencia o Confesión

1. Poco antes de las 6h. de la tarde de aquel glorioso Domingo 27 de marzo del año 34, cuando los que estaban en el Cenáculo comentaban entusiasmados sobre las cosas concernientes a la Resurrección del Señor, estando cerradas las puertas y las ventanas, e incluso debidamente protegidas, por temor y prudencia ante los judíos, se apareció Jesús, y puesto en medio de ellos, les dijo: *«Paz a vosotros: Yo soy, no temáis»*.

2. Y como la mayoría de ellos no le habían visto resucitado, pensando que veían algún espíritu o fantasma, se sobrecogieron ante la súbita aparición corporal de Cristo, que había atravesado el muro de la casa, cuyas puertas

estaban cerradas. Mas, Jesús les dijo: «*¿Por qué estáis turbados, y tenéis pensamientos de duda en vuestros corazones?*» Y cuando esto hubo dicho, les habló así: «*Ved mi costado, mis manos y mis pies, pues Yo mismo soy. Palpad y ved, que el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que Yo tengo*». Y dicho esto, les mostró la llaga de su Costado, mas sin permitir que la tocaran, y luego, las de las manos y de los pies, para que las palparan. Y cuando esto hicieron, fue tal el gozo que les embargó, que aún no acababan de creer que aquello fuera realidad. Y Jesús les dijo: «*¿Tenéis aquí algo de comer?*» Y ellos le presentaron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y habiendo comido delante de ellos, multiplicó las sobras de ambos manjares a fin de que todos comiesen. Con esta sensible demostración, quedaron firmemente convencidos de que Jesús Resucitado se hallaba en el Cenáculo, y se gozaron los Apóstoles, los discípulos y los demás, viendo al Señor.

3. Terminada la comida, Jesús, con asistencia de todos, instruyó a los diez Apóstoles presentes acerca de trascendentales misterios, y en especial del Santo Sacrificio de la Misa; y también del Sacramento de la Penitencia o Confesión que iba a instituir poco después. Además, manifestó solemnemente que, con su Resurrección gloriosa, había quedado restablecido el Domingo como día consagrado al Señor; quedando así abolida la observancia del sábado judío. A las 8h. de la tarde, Jesús celebró la Santa Misa, hallándose presentes la Divina María, los diez Apóstoles y todos los demás, dándoles la Santa Comunión. Seguidamente, otra vez les dijo a los diez Apóstoles: «*Paz a vosotros. Como el Padre me envió, así también Yo os envío*». Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos, y les dijo: «*Recibid el Espíritu Santo: A los que perdonareis los pecados, les serán perdonados, y a los que se los retuviereis, les serán retenidos*»; instituyendo así Jesús el Sacramento de la Penitencia o Confesión. Cuando Cristo sopló sobre ellos, sopló sobre todo el Colegio Apostólico, incluido el Apóstol Tomás que estaba ausente.

4. Ya cerca de las 10h. de la noche de aquel Domingo de Resurrección, poco después de que Jesús desapareciera del Cenáculo, llegó el Apóstol Tomás, que había estado deambulando por Jerusalén pendiente de los diversos comentarios sobre lo que había acontecido en el sepulcro. Y los otros Apóstoles le dijeron: «*Hemos visto al Señor*»; noticia que, en vez de alegrar a Tomás, le turbó porque le decían que en su ausencia habían visto a Jesús; obstinándose aún más en su incredulidad. Los demás Apóstoles, con el fin de que le fuera más fácil a él aceptar la Resurrección de Jesús, le dijeron que habían visto la llaga de su Costado y tocado las llagas de sus manos y sus pies. Mas, esta noticia avivó más el resentido orgullo de Tomás, hasta el punto que él les dijo: «*Si no viere las llagas de sus manos y de sus pies, y metiere mi dedo en ellas, y si no viere la llaga de su costado derecho, y metiere mi mano en ella, no lo creeré*»; pretendiendo así quedar por encima de los otros; pues si ellos decían que habían tocado las llagas de las manos y

los pies de Jesús, él no creería mientras no metiese incluso su mano en la llaga del Deífico Costado.

5. Viendo el Apóstol Pedro que de nada servía a Tomás el testimonio de ellos, le dijo al Apóstol que fuese a consultar con la Santísima Virgen María, ya que las palabras de Ella no podrían darle la menor desconfianza; mas, Tomás, no haciendo caso del consejo de Pedro, abandonó nuevamente el Cenáculo.

Capítulo XLVI

Cristo se aparece otra vez a los Apóstoles en el Cenáculo estando ahora Tomás

1. Desde el día 27 de marzo hasta el 3 de abril del mismo año 34, Tomás estuvo otra vez ausente del Cenáculo, pendiente de las noticias que había por Jerusalén; las cuales le inquietaron de tal manera que resolvió volver con los otros Apóstoles para saber de boca de la Santísima Virgen María si Jesús había resucitado verdaderamente o no; y lo que Ella le dijese, lo acataría como verdad. Con estas buenas disposiciones, al octavo día, es decir el Domingo 3 de abril, poco antes del mediodía, cuando se disponían a comer, Tomás llegó al Cenáculo; mas, no le dio tiempo a hacer su deseada consulta con la Santísima Virgen María; ya que, a las 12h. en punto de la mañana, cuando los Apóstoles se hallaban sentados a la mesa, y Tomás con ellos, se apareció Jesús estando cerradas las puertas, y se puso en medio, y dijo: «*Paz a vosotros*». Y antes de que Él se dirigiese a Tomás, afeó a los Once la incredulidad y dureza de corazón por no haber aceptado, en sus respectivos momentos, los distintos testimonios de su Resurrección.

2. Y después, Jesús dijo a Tomás: «*Mira las llagas de mis manos y de mis pies, y mete tu dedo en ellas*». Y tras haber metido el Apóstol el dedo en ellas, el Señor agregó: «*Trae ahora tu mano; y métela en la llaga de mi costado derecho, y no seas incrédulo, sino fiel*». Y Tomás, tras haber introducido su mano derecha en el Deífico Costado derecho, cayó de rodillas contrito y exclamó arrepentido: «*¡Señor mío, y Dios mío!*» Y Jesús le dijo: «*Porque me has visto y tocado, Tomás, has creído; bienaventurados los que no vieron ni tocaron, y creyeron*».

3. Seguidamente, Jesús celebró la Santa Misa y les dio a todos la Sagrada Comunión. Al final, dijo a los Apóstoles que fueran ya a Galilea, en donde se les manifestaría de nuevo. Este mandato era también para todos los miembros de las dos comunidades carmelitanas, ya que Él quería alejarles de Jerusalén ante el peligro que corrían de parte de los Pontífices y el Sanedrín; y también, porque, con el apostolado de todos en Galilea, se avivaría en muchos de los de allí la Fe evangélica casi extinguida en ellos. Además, estaba en el plan divino, de que el Apóstol Pedro recibiera en aquella región el Sacramento del Papado, y de que todos estuviesen presentes en tan magno acontecimiento.

4. A las 12h. de la noche en que comenzaba el lunes 4 de abril del año 34, la Divina María, los once Apóstoles, los discípulos incluidos José de

Arimatea, Nicodemo, Gamaliel y Lázaro, y las piadosas mujeres incluidas María Magdalena, Marta y María esposa de Obed, salieron para Galilea, llegando a las casas conventuales que se hallaban en Cafarnaún y cerca de Betsaida, el viernes 8 de abril por la tarde. Aquella noche y parte del día siguiente sábado, entre otras cosas, lo dedicaron a la preparación y ordenación de los referidos conventos, deshabitados siete meses y varios días.

Capítulo XLVII

Cristo se aparece a los once Apóstoles a orillas del Mar de Galilea

1. Pedro, en Cafarnaún, con el fin de buscar alimento para las dos comunidades religiosas, recurrió de nuevo a su antiguo oficio de la pesca. El sábado 9 de abril por la noche de aquel año 34, estando juntos Pedro, Santiago el Mayor, Juan, Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el Menor, Tadeo y Simón, el Apóstol Pedro les dijo: «*Voy a pescar*». Y ellos le dijeron: «*Vamos también nosotros contigo*». Salieron pues los Once y subieron en una misma barca, introduciéndose en el Lago de Genesaret; y aunque estuvieron toda aquella noche afanados en la pesca, no cogieron nada. Al amanecer del día 10 de abril, desanimados, iniciaron su retorno a tierra. Unos cien metros antes de llegar a la orilla del Lago, se puso Jesús a la ribera, pero no le conocieron los Apóstoles. Y Él les dijo: «*¿Muchachos, tenéis algo de comer?*» Le respondieron: «*No*». Jesús les dijo: «*Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis*». Echaron la red, y ya no la podían sacar por la gran cantidad de peces que cogieron.

2. Ante este prodigio, Juan se dio cuenta que aquel Hombre que les hablaba con fuerte voz desde la orilla, era Jesús. Por lo que el Apóstol dijo entonces a Pedro: «*El Señor es*». Y Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó su túnica de calle, porque estaba con la túnica interior, saltó al mar y empezó a caminar milagrosamente sobre las aguas. Y los otros Apóstoles fueron con la barca hacia la orilla tirando de la red con los peces, porque no estaban lejos de tierra, sino como cien metros. Mas, Pedro, como fue andando milagrosamente sobre las aguas hacia donde estaba el Maestro, llegó a tierra mucho antes, y esperó junto a Él a que llegaran los demás.

3. Cuando los otros diez saltaron a tierra, vieron brasas puestas, y sobre ellas un pez, que no era de la pesca que habían hecho, y había también un pan. Y Jesús les dijo a los Once: «*Traed primero los peces que cogisteis*». Entonces, subió Pedro a la barca, y arrastró la red a tierra llena de grandes peces: Ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Y una vez que recogieron los peces para el sustento de ambas comunidades, Jesús les dijo: «*Venid, y comed*». Y Él, tomando el pan y el pez que tenía preparado, multiplicó milagrosamente ambos alimentos, y dio de comer primero al Apóstol Pedro, y seguidamente a los otros diez Apóstoles; y ninguno de ellos osaba preguntarle al Divino Maestro: «*¿Quién es Pedro, que tanto puede?*» Jesús, al dar de comer a sus Apóstoles del pan y del pez

preparados por Él, y no de los peces pescados por ellos, les enseñaba que, como Sacerdotes suyos, no deberían ya recurrir a oficios impropios del sagrado ministerio, como era el de la pesca; pues, sirviendo fielmente en el altar, Él les proveería de todo lo necesario para alimentar sus cuerpos. Ésta fue ya la tercera vez que Jesús se apareció a sus Apóstoles agrupados, después que resucitó de entre los muertos.

Capítulo XLVIII

Cristo confiere a Pedro el Sacramento del Papado

1. Y como llegara el momento en que Jesús iba a conferir a Pedro el Sacramento del Papado para delegar en él la suprema autoridad sobre la Iglesia, la Divina María, sabiendo que era voluntad de su Divino Hijo que las comunidades religiosas estuviesen presentes en tal acontecimiento, se encargó de reunir a todos y encaminarlos adonde se hallaban Jesús y sus once Apóstoles, que era a la orilla del Mar de Galilea.

2. A las 7h. de la mañana de aquel Domingo 10 de abril del año 34, después que los once Apóstoles hubiesen comido del pan, y del pez que Jesús preparó sobre las ascuas, estando presentes también ambas comunidades, dijo Él a Pedro: «*¿Me amas más que estos?*» Y él le respondió: «*Sí, Señor, Tú sabes que te amo*». Jesús le dijo: «*Apacienta mis corderos*». Y por segunda vez, volvió a preguntarle a Pedro: «*¿Me amas?*» Y el Apóstol le respondió: «*Sí, Señor, Tú sabes que te amo*». Jesús le dijo: «*Apacienta mis corderos*». Y por tercera vez, Jesús preguntó a Pedro: «*¿Me amas?*» Y Pedro se entristeció porque le había dicho la tercera vez: «*¿Me amas?*» Y le dijo: «*Señor, Tú sabes todas las cosas: Tú sabes que te amo*». Jesús le dijo: «*Apacienta mis ovejas*».

3. Seguidamente, Jesús impuso sus Divinas Manos sobre la cabeza del Apóstol Pedro, confiriéndole así el Sacramento del Papado, por el que era investido de la suprema autoridad de la Iglesia. Esta imposición, además de ser contemplada por la Divina María, fue vista por el mismo Pedro, Santiago el Mayor y Juan, estando los tres en éxtasis; mas, no fue vista por los demás concurrentes, si bien todos estos veían a Jesús sin que estuviesen en éxtasis. Después, Jesús mandó que besaran humildemente los pies a Pedro, en señal de acatamiento a su legítima autoridad de Supremo Pastor de la Iglesia; siendo María Santísima la primera que lo hizo, para enseñarnos a todos el respeto y sumisión debidos al Vicario de Cristo. Momentos después de conferir el Papado a Pedro, Cristo eligió discípulo a Lázaro de Betania. En ese mismo día, María Magdalena y Marta se integraron en la comunidad de religiosas. Luego, Jesús celebró la Santa Misa y poco más tarde desapareció.

4. Pedro, fortalecido con el Sacramento del Papado, fue con los demás Apóstoles y recorrió los territorios del Lago de Tiberíades; concurriendo muchos a oír las enseñanzas de ellos; y en no pocos se renovó la Fe en Jesucristo que antes habían perdido por su falta de correspondencia a la Gracia.

5. Al mismo tiempo que Pedro había quedado constituido Papa, quedó también constituido Superior General de la Orden Carmelitana; cargo que, desde la Muerte de Cristo, había ostentado transitoriamente el discípulo y Profeta Ágabo.

Capítulo XLIX

Otras dos apariciones de Cristo a los once Apóstoles

1. El martes día 12 de abril, tras un laborioso apostolado, el Papa Pedro y los demás Apóstoles se retiraron a un lugar apartado de la orilla del Mar de Galilea, para fortalecerse a solas con la oración. Cuando estaban allí, hacia las 3h. de la tarde se les apareció Jesús para instruirles en muchos de los misterios de la Fe y también exhortarles a que se mantuviesen unidos. Ellos sentían gran consolación; pues, de las Divinas Llagas de Jesús salían misteriosos y confortantes efluvios que les inundaban de ardiente amor a Dios.

2. Jesús les habló con gran intimidad de su Sacratísima Pasión y Muerte, en virtud de la cual el Padre había sido debidamente reparado y la humanidad redimida. Esto produjo en Pedro tal deseo de padecer por su Divino Maestro, que hasta anheló en su interior, sin vanagloria alguna, la misma clase de muerte que Él tuvo. Por lo cual, Jesús le dijo a Pedro: *«En verdad, en verdad te digo, que cuando eras mozo, te ceñías e ibas adonde querías; mas, cuando ya fueres viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará adonde tú no quieras»*. Esto lo dijo para indicar que Pedro había de glorificar a Dios muriendo clavado en una cruz; y aunque, a la vista del martirio, él sentiría humana resistencia, Jesús le fortalecería para que lo aceptase. Y seguidamente, le dijo Jesús: *«Sígueme»*; manifestándole así a Pedro que el privilegio de morir por Él estaba condicionado a su fidelidad como Jefe de la Iglesia, y a su correspondencia a la Gracia.

3. Viendo Jesús que los demás Apóstoles deseaban en su interior la misma suerte final que Pedro, les anunció también que coronarían su vida con el martirio cruento; aunque manifestó, a la vez, cierta reserva sobre Juan, por lo que entendieron los demás que éste no moriría.

4. Poco después, cuando Jesús estaba hablando a solas con Pedro, volviéndose éste, vio que se acercaba a los dos el Apóstol Juan. Y cuando Pedro vio a Juan, dijo a Jesús: *«Señor, ¿y éste qué?»* Y Jesús le dijo: *«Si quiero que él quede así hasta que Yo venga, ¿a ti qué te va? Tú sígueme»*. Y, de esta manera, Jesús manifestó claramente a Pedro que Juan sobreviviría hasta el fin de los tiempos. Mas, Pedro, que quedó aún en la duda de si Juan, llegado el fin de los tiempos, moriría o no, manifestó a los demás su incertidumbre sobre esta cuestión; pues, no le había dicho Jesús a Pedro: *«Juan no morirá»*; sino: *«Si quiero que él quede así hasta que Yo venga, ¿a ti qué te va?»* Y mientras Juan sabía ciertamente que no moriría hasta el fin de los tiempos, gran parte del misterio sobre él les quedaba velado a los otros Apóstoles.

5. El miércoles 13 de abril, el Señor se apareció de nuevo a los Once, que estaban reunidos junto a la roca en que a Pedro le había sido conferido el Papado. Jesús, después de celebrar la Misa en presencia de ellos, antes de despedirse, les dijo que, al día siguiente, jueves 14 de abril, le esperasen en el Monte de las Bienaventuranzas; y que estuviesen también allí los discípulos, las piadosas mujeres y demás creyentes.

Capítulo L

Cristo se aparece en el Monte de las Bienaventuranzas

1. El jueves 14 de abril del año 34, los once Apóstoles fueron al Monte adonde Jesús les había mandado. Allí también se habían reunido la Divina María, los discípulos, las piadosas mujeres y otros muchos creyentes recuperados por el ministerio de Pedro y de los otros Apóstoles. A las 12h. del mediodía, Jesús se apareció a todos, que eran más de quinientos. Y cuando le vieron, le adoraron; mas, a algunos, que no le habían visto antes resucitado, no saliendo de su asombro, les parecía al principio, más que realidad, ilusión lo que veían.

2. Jesús, para resaltar la autoridad de Pedro, su Vicario en la Tierra, colocó al Apóstol a su derecha, y luego les habló a todos recordándoles muchas de las enseñanzas pronunciadas por Él en el Sermón de la Montaña, tiempo atrás. A las 3h. de la tarde Jesús celebró la Santa Misa, dio la Comunión a todos, y luego desapareció.

3. A partir de aquel 14 de abril hasta su Ascensión a los Cielos, Jesús se aparecería muchas veces a sus Apóstoles, y casi siempre celebraba la Santa Misa.

Capítulo LI

Cristo manda a los Apóstoles y a los demás, que vuelvan a Jerusalén

El día 28 de abril del año 34, Él se apareció de nuevo a sus Apóstoles ordenando que volviesen todos a Jerusalén; por lo que, la Santísima Virgen María, los once Apóstoles, los demás miembros de las dos comunidades religiosas y otros creyentes, saliendo de Galilea, llegaron al Cenáculo de Jerusalén el martes 3 de mayo del año 34.

Capítulo LII

Cristo se aparece de nuevo a los once Apóstoles y a los demás reunidos en el Cenáculo en torno a la Divina María

1. El miércoles día 4 de mayo del año 34, estando los once Apóstoles, los discípulos, las piadosas mujeres y otros muchos creyentes, reunidos en el Cenáculo en torno a la Divina María, a las 3h. de la tarde se apareció Jesús con gran majestad; y, tras recordarles muchas de las cosas que antes les había enseñado, y esclarecerles otros muchos misterios, les dijo: «*Estas son las palabras que os hablé estando aún con vosotros; pues, era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de Mí en el Libro de Enoc, en los Libros de Moisés, en los Salmos de David, en el Libro de Isaías y los Libros de los*

otros profetas». Entonces, especialmente a los Apóstoles, les dio mayor capacidad para que entendiesen mejor las Escrituras, en consonancia con la Ley Evangélica. Y les dijo: *«Así está vaticinado en las Escrituras que era menester que el Cristo de Dios padeciese, y resucitase al tercer día de entre los muertos; y que se predicase en su Nombre penitencia y remisión de pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén. Y vosotros testigos sois de estas cosas. Y Yo enviaré sobre vosotros al Espíritu Santo, prometido por mi Padre. Por eso, vosotros permaneced aquí en la ciudad de Jerusalén hasta que seáis investidos de especialísimos dones y virtudes de lo Alto*». Después de hablarles, el Señor celebró la Santa Misa, y desapareció.

2. Ese mismo día 4 de mayo, a las 5,30h. de la tarde, cuando Santiago el Mayor se hallaba solo en oración, Jesús se le apareció para encomendarle la evangelización de España, al ser nación singularmente destinada a la extensión del Reino de Dios.

Capítulo LIII

Última aparición de Cristo a sus Apóstoles y a los demás reunidos en el Cenáculo en torno a la Divina María

1. El jueves 5 de mayo de aquel año 34, a las 9h. de la mañana, Jesús, lleno de gloria y majestad, se apareció en el Cenáculo de Jerusalén cuando se hallaban todos congregados en oración en torno a la Santísima Virgen María. Durante tres horas Él les sintetizó lo que les había enseñado en el tiempo que estuvo con ellos y les esclareció otros muchos misterios que les reservaba para este momento.

2. Y cuando estaba comiendo con ellos, mandó de nuevo a los Once que no se fuesen de Jerusalén, sino que esperasen aquí el cumplimiento de la promesa del Padre de que les enviaría el Espíritu Santo. Y también les dijo: *«Juan Bautista en verdad os bautizó en agua*»; para recordarles que, en dicho bautismo, no recibieron el Espíritu Santo, sino sólo un reflejo del mismo. Y luego dijo: *«Y Yo os bauticé en el Espíritu Santo*»; para recordarles que en este bautismo recibieron la Habitabilidad del Espíritu Santo en sus almas. Y después agregó: *«Mas, vosotros seréis inundados del Espíritu Santo no mucho después de estos días*»; y así les indicaba que recibirían días después, mediante el Pentecostés, una mayor plenitud del Paráclito y extraordinarios carismas.

3. A las 12h. de la mañana de aquel jueves 5 de mayo, Jesús, sentado con sus once Apóstoles en la misma mesa en que fue la Última Cena, comió a solas con ellos; pues, quería confiarles secretos relacionados con el Reino de Dios. Después, celebró la Santa Misa, en la que estuvieron presentes todos los del Cenáculo, a los cuales les administró la Santa Comunión.

4. A las 2,30h. de la tarde, ya terminada la Misa, Jesús marchó en dirección a Betania con su Divina Madre, los Apóstoles, los discípulos, las piadosas mujeres y demás creyentes, sin que, por providencia especial, ningún extraño advirtiese el paso de la comitiva. En la casa de Lázaro en Betania, Cristo

designó discípulo suyo a Manasés; y seguidamente le bautizó. A continuación, bautizó también a Claudia Prócula y a otros. Asimismo Cristo eligió discípulo suyo a Longinos. Tras nuevas enseñanzas en Betania, a las 5h. de la tarde, Jesús, con su Divina Madre y demás, salió hacia la cima del Monte de los Olivos.

5. Una vez allí, transfigurado a la vista de todos, Jesús habló así a sus Apóstoles: *«Se me ha dado toda potestad en el Cielo y en la Tierra. Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio a toda criatura. Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándolas a observar todas las cosas que os he mandado. El que creyere, fuere bautizado y practicar, será salvo; y el que no, será condenado. Y estas señales harán los que creyeren: Lanzarán demonios en mi Nombre; hablarán nuevas lenguas; tocarán serpientes sin recibir daño alguno; y si bebieren alguna cosa mortífera, no les dañará; pondrán las manos sobre los enfermos, y sanarán»*; refiriéndose aquí, más principalmente, a los sobrenaturales efectos de la acción del Espíritu Santo sobre la Iglesia; y también, a los prodigios materiales mediante el ejercicio de la Fe. Y seguidamente les dijo: *«Mirad que Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos»*; reafirmando así la promesa de su continua asistencia a la Iglesia, más especialísimamente en la persona del Papa, su legítimo representante.

Capítulo LIV

La admirable Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo a los Cielos

1. Estando, pues, en el Monte de los Olivos, Jesús, antes de ascender a los Cielos, habló también a los Apóstoles del triunfo del Evangelio y de la futura implantación de su Iglesia en todo el mundo, y en especial del Reino Mesiánico. Mas, ellos, aunque entendían que les hablaba principalmente de un Reino espiritual, no descartaron la idea, aunque errónea, de que dicho Reino fuera también temporal, y por eso dijeron a Jesús: *«Señor, ¿restituirás en este tiempo el reino a Israel?»* Y les dijo: *«No toca a vosotros conocer los tiempos o los momentos en que se cumplirán las cosas, ya que esto es designio secreto de la potestad del Padre. Mas, la misión vuestra es extender el Evangelio por todo el mundo como manifestación de que el Reino de Dios ha llegado. Para ello, recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén, y en toda Judea, y Samaria, y hasta las extremidades de la Tierra»*.

2. A las 6h. en punto de la tarde de aquel jueves 5 de mayo del año 34, el Señor Jesús, después que les habló, alzando sus manos les bendijo; y, mientras les bendecía, se separó de ellos; y, viéndole todos, fue elevándose con majestad y gloria al Cielo por su propia virtud divina; y le recibió una Nube mayestática que le ocultó a sus ojos, la cual era el Eterno Padre que, bajo esa apariencia, vino a recibir a su Unigénito; quedando Éste inmerso y oculto en aquella Nube. Los Apóstoles, los discípulos, las piadosas mujeres

y demás presentes que, en profunda adoración, contemplaban arrodillados aquel prodigioso hecho, entendieron que el Padre se manifestaba así para glorificar al Hijo, el cual era recibido arriba en el Cielo y está sentado a la diestra de Él.

3. Y estando todos mirando al Cielo cuando Él se iba, en el mismo instante en que Jesús se ocultaba, he aquí que se hicieron visibles junto a ellos dos varones con vestiduras blancas; los cuales eran Elías y Enoc que, con dotes gloriosas y sin que nadie los viera, habían estado a un lado y otro del Señor, antes de elevarse, escuchando sus últimas instrucciones. Ambos Profetas les dijeron: «*¿Varones Galileos, qué estáis mirando al Cielo? Este Jesús, que a vuestra vista ha ascendido al Cielo, retornará en su Segunda Venida, como le habéis visto ir al Cielo*». También Moisés estuvo presente, y luego se hizo visible a los que allí estaban. Los tres santos Profetas desaparecieron después.

4. La Divina María, en sublimísimo arrobó y transfigurada a la vista de todos, contempló la admirable Ascensión de su Divino Hijo a los Cielos, participando con todo su Ser de la gloriosa entronización oficial de Él a la diestra del Padre y de la oficial apertura del Reino de los Cielos; en donde Jesús había entrado triunfante acompañado de las miríadas angélicas, y de los demás Bienaventurados.

Capítulo LV

La Divina María, los Apóstoles y todos los demás, vuelven a Jerusalén

1. Después de la Ascensión del Señor, todos ellos descendieron del Monte de los Olivos y entraron en Jerusalén con gran gozo. Y una vez en la ciudad, subieron al Cenáculo, en donde se quedaron los once Apóstoles: Pedro, Santiago el Mayor, Juan, Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el Menor, Tadeo y Simón. Y todos estos, en torno a María, Madre de Jesús, perseveraban unánimes en oración con los discípulos, las piadosas mujeres y otros.

2. Y estaban siempre en aquel primer Templo cristiano, que era la Capilla del Cenáculo, alabando y bendiciendo a Dios; y de esta manera, se preparaban para la Venida del Espíritu Santo.